

BUEN HUMOR



Dib. K-HITO. - Madrid.

- ¡Barquero, barquero! ¡Esta barca hace agua!
- ¡Imposible, señor!... ¡Está terminantemente prohibido!

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Por qué nos recuerda el Papa actual a la lotería?

— Porque es un-décimo.

E. PACHECO. — Salamanca.

Dos amigas en la playa.

UNA. — ¡Qué bien hueles!

OTRA. — ¡Como que pertenezco a la Colonial...

JULIÁN JIMENO. — Sevilla.

— ¿En qué se parecen las mujeres que van con osos por la calle a un automóvil?

— En que las mujeres son húngaras, y el auto necesita un garás.

RAFAEL GOITILLO Y FRANCO. — El Escorial.

En un examen.

PROFESOR. — Vamos a ver, Juanito, ¿cuál es la unidad principal de las medidas de longitud del sistema antiguo de pesas y medidas?

JUANITO. — Pues la medida principal es la vara, que tiene tres pies.

PROFESOR. — Y el pie, ¿cuánto tiene?

JUANITO (distráido). — Cinco dedos...

E. L. Y C. T. — Madrid.

— ¿En qué se parece un automóvil a un perro chico?

— En que el automóvil espachurra, y el perro chico es-pa-churros.

HERNANDO M. — Madrid.

Unos niños han ido a jugar a casa de su amiguito.

Están en un saloncito, y el niño de la casa, haciéndose el sabihondo, les dice señalando una estatua que hay encima de una mesita:

— ¿A que ninguno de vosotros sabe cómo se llama esta estatua?

— Mira éste — dice uno —. ¡Cómo lo vamos a saber, si es La bella desconocida!

TIRI LUBIRISKI. — Santander.

En la escuela.

EL MAESTRO (a su alumno, señalando en

el mapa). — A ver, Manolito, ¿qué tenemos en el Norte?

— ¡...!

EL MAESTRO (viendo que no contesta). — ¿Qué tenemos al Mediodía?

EL CHICO. — Al mediodía tenemos que comer.

R. MONDRAGÓN DEL RÍO. — Barcelona.

Examen de Gramática.

MAESTRO. — ¿Sabe usted que en toda oración existe un sujeto?

DISCÍPULO. — Sí, señor.

MAESTRO. — Pues dígame cuál es el sujeto en esta oración: «Yo até un libro.»

DISCÍPULO. — Pues el libro.

MAESTRO. — ¡Cómo!...

DISCÍPULO. — Sí, señor. El sujeto es el libro, porque es lo que usted ató.

AURELIO MARCOS. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de un avaro?

— Vacunar a las cerillas malas para ver si prenden.

AB-EL-KEVIDA. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Kalamar, de Madrid.**

En estos días es cuando más indicado está el uso

de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

de

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de agosto.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el último sorteo del próximo septiembre.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de septiembre, haciendo el envío por correo precisamente, a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de agosto, insertos en la página 22. A los suscriptores de BUEN

HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 17 de septiembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

6. — Un oficio muy popular.

(¡Vaya por mi querido dibujante!)

— Y qué, Julián, ¿te decides a *tercia-prima* en el *prima* de Sandalio?

— Es una estupidez el que pretendas que yo *tercia-dos* para que tú luzcas medias de seda entre los señoritos de Maxim's.

— *Segunda-segunda* cualquier día más de la cuenta, y... ¡ya veremos!

— ¡Te digo, Engracia, que yo primito, no! ¡Y que se te quite de la cabeza, y sobre todo de los pies, eso de las medias! ¡Y abónate este invierno a pisar mucho *prima-tercia* con el contrafuertel Te lo dice un *todo* hecho y derecho, no un *dos-dos*.

7. — Gran vela.

101

Segura P

CARBÓN ENCENDIDO

50

8. — Charada por debajo del brazo.

— ¿Y dices que el *amigazo* Francos hallábase en un paraje solitario del río, entendiéndose las «mano a mano» con una arroba de *tercia-prima*?

— Sí, lo digo. Y a continuación se comió treinta yemas de coco, diez y seis lechugas y... unas once pesetas de altramuzes. ¡Se le caía después la *dos-dos* admirando el paisaje!

— Y todo a fuerza de pan, ¿no?

— ¡A ver! Luego se *prima-dos-dos* la panza, que daba envidia verlo.

— ¿Sudaría algo?

— ¡Que si sudaba! Y al terminar de tomar aquel «tenteempié», se levantó y toda la americana era *todo*. Por cierto que al marcharse pidió a mi madre un kilo de aceitunas. Dijo que «para entretenerse por el camino». ¡Arreglaos iban los huesos!

9. — La solución ha de ser todo un carácter.

S E R O R A

10. — Consideración de una señorita gastronómica.

Adoro los *tres-dos-cuatro* porque animan mi *una-dos*; pero, ante un plato de *todo...*, ¡me *pirro* que es un *porción*!

11. — Frase usual.

(No confundir el texto con ningún específico.)

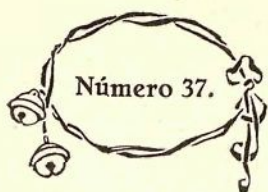
MENTADONSIL



Hasta los más tontos
Saben que el
JABÓN HENO DE PRAVIA
es el más suave y aromático del mundo.

PASTILLA 1.50

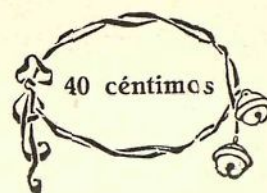
PERFUMERIA GAL - MADRID



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

Madrid, 13 de agosto de 1922.



UNA VISITA INTEMPESTIVA



VARIOS oficiales de la guarnición, que solían tomar café con nosotros en aquella peña provinciana, hubieron de participarnos, con inusitado regocijo, la llegada de su alegre compañero.

— Vamos a saludarle — propuso alguien.

— Pero, hombre — repuso otro —, a estas horas... Son las dos de la madrugada.

— ¡Qué importa! — insistió el primero —. Para Morull no hay horas intempestivas. Vamos a gastar una broma pesada.

El teniente Morull, de cuyo carácter desenfadado habíamos oído referir pintorescos lances, reposaba a la sazón en el fermentido lecho de la casa de huéspedes. La mayor parte de sus visitantes no le habíamos visto jamás.

Penetramos, sin embargo, en la habitación dando bastonazos en la puerta y vociferando como energúmenos. Morull dió luz, y no mostró la menor extrañeza ante el asalto de aquella horda vandálica.

— Ya me figuraba — nos dijo desperezándose — que, a mi llegada, vendrían a ofrecerme sus respetos todos los frescos residentes en la población. ¡Se agradece, amigos!

Hablaba con mesurado tono, mientras pasaba revista a las caras desconocidas.

— A ver, a ver... — añadió señalándonos uno por uno, como si estuviese contando los borregos de un rebaño —. Uno, dos, tres..., siete..., nueve... ¿Cómo? ¡Nada más que nueve sinvergüenzas en una pobla-

ción de tanta importancia? ¡Cómo me voy a aburrir aquí!

Pero aquella serenidad inaudita de que daba muestras, lejos de arredrarnos, vino a enardecer nuestros impulsos feroces.

— ¡Viva el canalla Morull! — gritó un caribe de aquellos.

— ¡Vivaaaa! — respondimos los demás.

No sé quién tuvo la maquiavélica iniciativa de abrir el balcón. Los nueve energúmenos, con instintiva simultaneidad, hicimos presa en las prendas y cachivaches que desbordaban de las maletas recién abiertas, y el pingüe botín fué lanzado a la calle, entre calurosas ma-

nifestaciones de amistad al teniente despojado:

— ¡Morull, eres grande!

— ¡Morul, eres único!

— ¡Morull, eres lo más castizo de Caballería!

Morull, indolentemente reclinado en las almohadas, contemplaba la escena, impasible y digno. No de otro temple podían ser los capitanes de Esparta. El estoico oficial vió volar por el balcón unas soberbias botas de charol, varias cajas de pañuelos y calcetines, un borsalino espléndido, y todos los peines, cepillos y frascos del *nécessaire*, amén de un magnífico pijama de seda cruda que unas manos rapaces hallaron colgado de una percha. Sólo se permitió un gesto de correcta protesta cuando vió que su pitillera, yacente en el mármol de la mesilla, iba a ser lanzada con vilipendio a la vía pública.

— Supongo que no me dejaréis sin tabaco...

No dijo más. Hubimos de apiadarnos de él, porque allí éramos todos fumadores.

— Morull — le dijimos conmovidos —, quedas proclamado nuestro jefe. No conocemos quien tenga más correa.

— No exageréis — repuso modestamente —. Esto no tiene importancia.

En aquel instante llamaron con los nudillos en la puerta.

— ¡Adelante quien sea! — gritó uno desaforadamente. — Un amigo de Morull tiene que ser un fresco de categoría, y, por tanto, colega nuestro.

Penetró en la estancia un hombre de feroz catadura, gordo, bien criado y abundante de defensas. Quere-



Dib. SILENO. — Madrid.

mos decir — no vayan a tomarlo a mala parte los lectores — que era musculoso y fuerte en demasía. Todo era hirsuto en su persona: los pelos del bigote recortado, las cerdas de su cabeza, peinada en forma de cepillo, la punta agresiva de su nariz, y hasta los puñales siniestros que nos clavaban sus ojos torvos.

— ¡Buenas noches! — gruñó secamente.

Morull, desde el lecho, hizo las presentaciones de rigor:

— Aquí, unos queridos y antiguos amigos a quienes acabo de conocer... El señor Puig y Massó, comisionista en géneros de hilo, compañero de viaje... y de habitación...

Los bárbaros de la horda asaltante hubimos de cambiar algunas miradas de medroso estupor. En el dormitorio había una cama vacía. Tal vez... ¡Cáspital...

— Bueno, Morull — dijimos al tiente, intentando la fuga —, mañana vendremos a buscarte...

Pero él, muy atento, nos retuvo con versallescos cumplidos.

— ¡No faltaba más!... ¿Os vais a marchar sin echar una parrafada? Tomad asiento. Vamos..., siquiera unos minutos...

Y dirigiéndose al señor Puig, con la más amable de sus sonrisas,

— Estos amiguitos míos — añadió — son gente de buen humor, y han querido gastarles a usted una bromita.

El comisionista — catalán por más señas —, con un gesto de terrible ferocidad, contemplaba las maletas desvalijadas. Luego, levantando con sus manazas de orangután el par de botas de charol que nosotros arrojáramos a la calle momentos antes, clamó con sorda cólera:

— ¿Saben ustedes de quién es este calzado que acaba de caer sobre mi cabeza cuando venía a casa? Estas botas son mías, caballeros, ¡mías!... ¿Ustedes comprenden?...

— Ciertamente — corroboró Morull —. De usted, y muy de usted, como todos los objetos que han arrojado por el balcón estos queridos amiguitos.

No nos dió un síncope, porque todavía no habíamos aprendido a desmayarnos.

— Pero, Morull — le preguntamos —, ¿no es éste tu equipaje?

— No, hijos. El mío lo he dejado hasta mañana en la estación.

El señor Puig, pese a su catadura imponente, no quiso matar a nadie aquella noche, alegando que le molestaba teñir en sangre sus manos antes de acostarse. Se limitó a pasarnos la cuenta de los daños causados, y como era comerciante, y de lo más florido de Tarrasa, hizo un pequeño negocio a cuenta de nuestro carácter bromista.

ALBERTO MARÍN ALCALDE.



Dib. CHESK. — Madrid.

EL GUSANO DE LA MANZANA. — ¡Apunta bien, so animal!... A ver si por dar a la manzana, me das a mí en el torrao.

TRES CHIRIGOTAS

NOCTURNO

I

Noche clara. Tiempo bueno. Ella, al balcón. Yo, en la acera. La mamá, echando veneno.

— ¡Rica!

— ¡Monín!

— ¡Hechicera!

(¡Las once y cuarto y sereno!)

II

De pronto hiere mi oído un reproche destemplado. Es la mamá, que ha salido. ¡Tableau! ¡Nos hemos lucido! (¡Las doce en punto y nublado!!)

III

La mamá ruge de ira. Pero, gran Dios, ¿qué estoy viendo? ¡Lleva un cacharro!... ¡Y me mira!... ¡Y alarga el brazo!... ¡Y me tiral!... (¡Las doce y media y lloviendo!!!)

DESPUÉS DEL DUELO

— ¿Qué fué?

— Nada; un arañazo que se me cerró en seguida.

— ¿Y tu adversario?

— ¡Ay, el pobrel...

¡Muerto!...

— ¿Muerto? ¡No me digas!... De fijo, alguna imprudencia.

¡Claro, se descubriría!...

— Justo, sí; por descubrirse perdió el infeliz la vida.

Figúrate que al ponernos

allí en mangas de camisa,

con el frío que soplaba,

agarró una pulmonía,

y se marchó al otro mundo.

— ¡A dar lecciones de esgrimal...

EN BABIA

El profesor Villacaña a sus alumnos decía:

— Nombradme la monarquía visigótica en España.

Vamos a ver: tú, Perico,

¿el primer monarca fué...?

— Ataúlfo.

— Tú, José, ¿el segundo...?

— Sigerico.

— A ver tú si me contestas (dijo luego a Baldomero).

¿Quién fué el tercero?

— ¡El tercero?...

Pues... santificar las fiestas.

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO.

TEMPORADA DE BAÑOS



FELICITEMOS a los que se dan el postín de veranear fuera de la corte, donde (dicho sea sin faltar) se pasa el estío divinamente, y compadezcamos a los que se gastan las pesetas por esos mundos de Dios, padeciendo las incómodidades propias de la estación..., y aun de las estaciones.

En contraposición a los veraneantes de ida y vuelta están los que, sin moverse de su casa, procuran imitar en lo posible a los que se dirigen, o bien a *le champs*, o bien a *la mer*; y entre estos últimos hállase mi vecina doña Eduvigis Arrieta, suculenta patrona de huéspedes, no sólo de las de pelo en pecho, sino de las de barba corrida en el sitio correspondiente; distinguida señora que vino a menos por ciertas charranadas de un yerno suyo que no es oportuno recordar.

A doña Eduvigis le tenía muy recomendados los baños de mar cierto pariente, veterinario de sólida reputación, que anduvo detrás de ella (aunque ella no fuese delante) allá en sus verdes años; y así como durante no pocos se remojó el cutis en diferentes playas, menos en la de Sigüenza, las cosas fueron poniéndose tan difíciles que, al llegar la época de los baños marítimos, hubo de meterse de hocicos en esta enojosa disyuntiva: o playa temporal, o cocido diario.

Como es natural, optó por lo segundo, deplorando el tener que renunciar por este año al aseo personal salado, no sólo por lo que su cuerpo alabastrino lo echase de menos, sino por lo bochornoso que le resultaba tal sacrificio, siendo hija precisamente de un marinero, que si no surcó las aguas del Cantábrico, surcó las del Ministerio de Marina.

—¿De modo—preguntará el lector—que este verano no toma baños de mar?

—Sí, señor—me complazco en contestar—; ya ha tomado uno: uno solo.

—¿De mar?...

—No, de cinc.

En efecto: doña Eduvigis pasó un día a casa del señor Quintín, el hojalatero, y le compró el baño más grande que tenía en el almacén, pues ya que no podía zambullirse en el proceloso mar, quería bañarse en algo que por el tamaño se le pareciese, aunque no fuera completamente proceloso.

Pero no podía satisfacer a doña Eduvigis el introducirse en un receptáculo lleno de agua de Lozoya exclusivamente. Era igualarse a

una coliflor cuando la ponen a cocer, y de eso al baño marítimo va la misma diferencia que de una banderilla de fuego a un queso de bola.

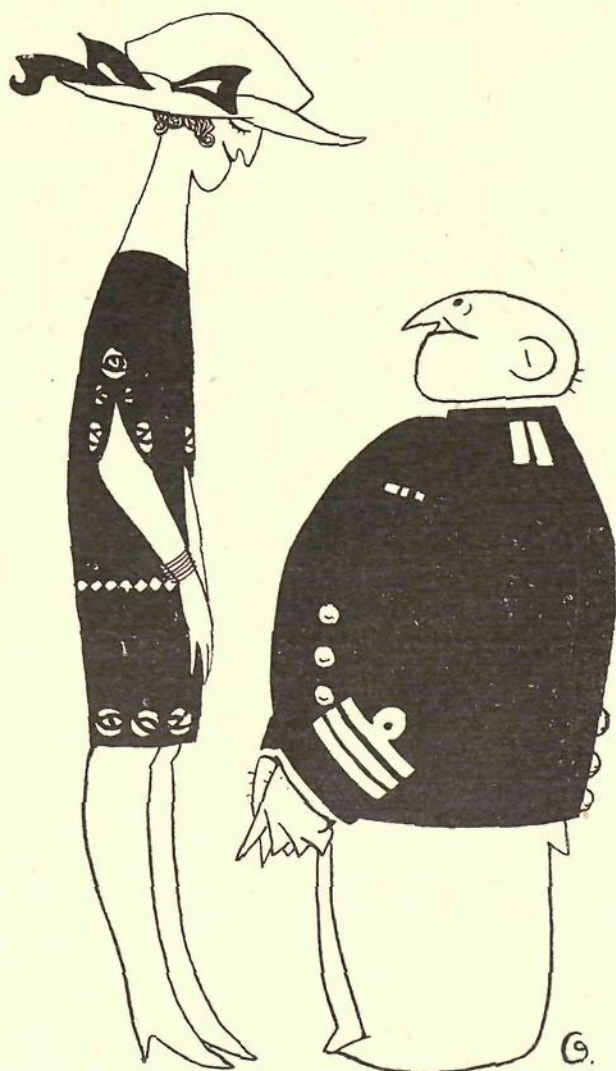
¿Qué hizo, pues, para mantener viva su ilusión de que iba a mecarse en las ondas salobres? Dar al baño el aspecto *casi* exacto de la playa cantábrica, echando en el agua salmuera, pedruscos, peces de colores, tal cual chipirón, algas marinas, caracolitos, madréporas y hasta *padréporas*. Mas, pareciéndole que todavía le faltaba algún requisito al mar, decidió echarle cangrejos de río.

¡Oh, con qué embeleso contemplaba doña Eduvigis todo aquel revoltijo de elementos marítimos!... Con una lancha de pescadores y una miaja de brisa, el efecto hubiera sido completo.

La indiscreta rendija de un balcón y el auxilio de unos buenos prismáticos, me permitieron presenciar hace poco, y desde honesta distancia, un baño tomado por la más anfibia de las patronas.

Doña Eduvigis Arrieta, que hasta en el apellido tenía concomitancias con su afición a la Marina, embutida en un precioso traje de punto a rayas verdes y rojas, zambullóse lentamente en el frío elemento, y una vez repuesta de la sufrida impresión, dió dos palmadas como quien pide café; abrióse una puerta sevillana (por no decir falsa) y apareció en el aposento un comandante de la escala de reserva, fornudo y bigotudo, que, arrodillándose junto al baño, comenzó a dar tales resoplidos frente al agua en dirección a donde doña Eduvigis yacía, que pronto convirtió la tranquilidad de aquella linfa cristalina en un oleaje violento y amenazador, no dejando la operación hasta que la fatiga hubo de vencerle completamente.

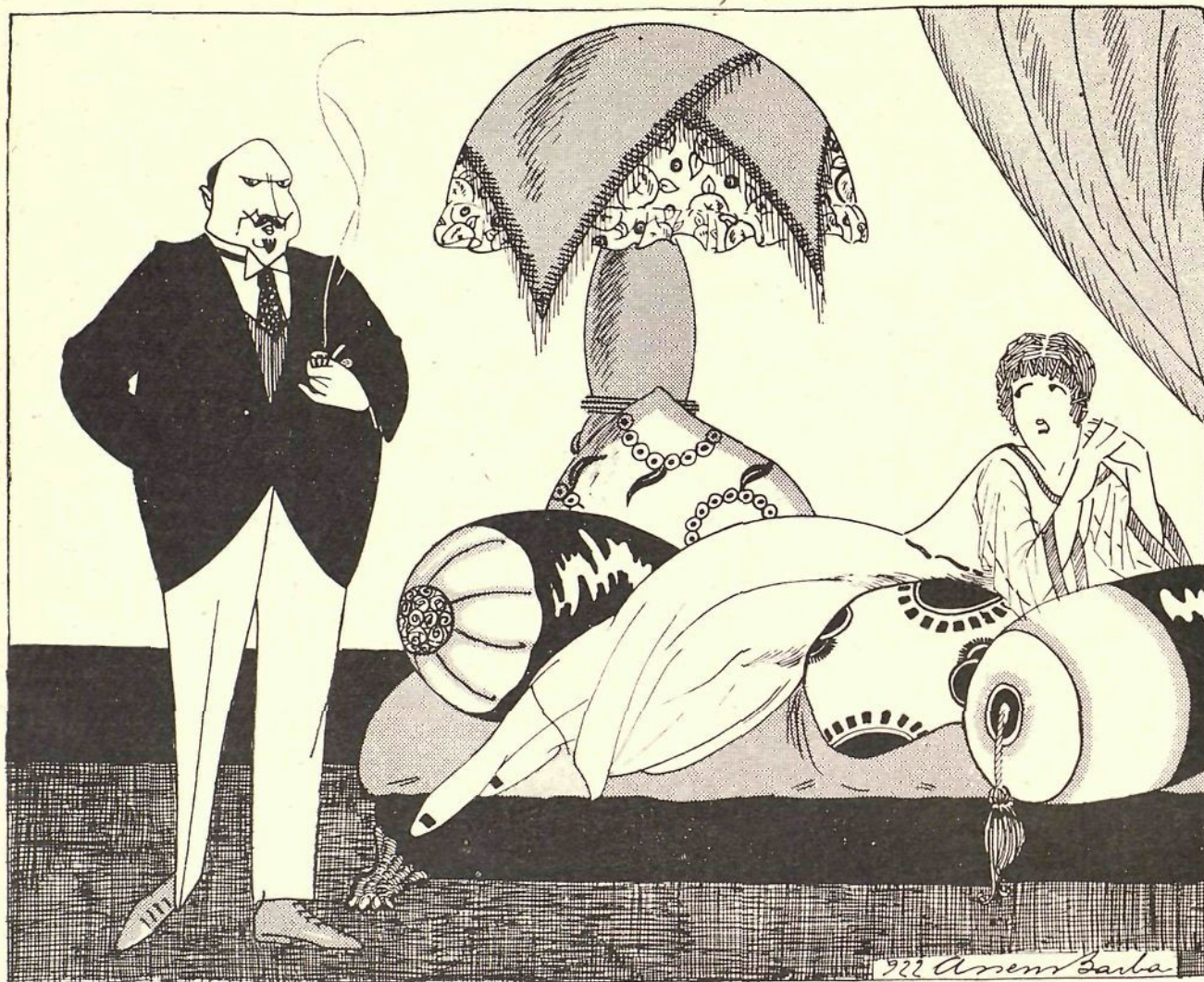
Hasta aquí la cosa será más o menos extravagante; pero no tiene mucho de particular: una patrona que se baña..., un huésped que la sopla..., y nada más. Lo ver-



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— En aquel naufragio fui yo la que salvé a mi marido.

— Pues él me había dicho que se salvó en una tabla.



AMOR DESGRACIADO

Dib. ASSÉNS BARBA. — Barcelona.

— ¡Ea, hija mía, no hay que apurarse tanto! Piensa que todos los hombres son unos perfectos imbéciles: cree a tu padre.

daderamente extraordinario es la combinación que aquella gente se trae con los cangrejos del baño, y que ha llegado a mi conocimiento por el conducto de un loro imprudente que doña Eduvigis tiene de pupilo.

¿Sabe el lector lo que ha observado el animalejo? Que todas las noches pone doña Eduvigis paella con cangrejos para cenar, suplicando a sus huéspedes por lo que más quieran que no chupen los crustáceos. Estos a la mañana siguiente son trasladados desde la cazuela al baño; actúan allí como acompa-

ñamiento de los pedruscos y de los peces durante la referida fiesta acuática, y quedan en disposición de volver a prestar su servicio nocturno revueltos con el arroz, al que dan un sabor quizás excesivamente salado, pero bastante grato al paladar para los amantes de la mojamá y del altramuz.

Con tanto viaje de la cazuela al baño y del baño a la cazuela, no es extraño que a veces entre las olas de aquél floten granos de arroz y en la cazuela se adviertan misterios capilares que los pupilos no aciertan a explicarse satisfactoriamente.

Tal es lo que ocurre en casa de doña Eduvigis durante su temporada de baños de mar caseros, a los que no renunciaría por nada del mundo.

Y mientras ella pasa la canícula tan gorda y tan fresca, sus ocho huéspedes, ignorantes del secreto cangrejil, se chupan todos los dedos ante la substancia de aquella diaria paella, que no reconoce rival ni en el propio Cabañal de Valencia ni en la amarillenta cámara del primer *mondarín* de la China.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

TIPOS DE SAINETE
LA MUJER DE «ORO»

— ¡Adiós, Sinfo!

— ¡Hola, señá Celes!

— ¿Adónde se va tan temprano?

— ¿Adónde quie usted que vaya?

Al Monte...

— ¡Caray, qué suerte! ¿Tienes posesiones?

— ¡Tengo narices!...

— Por casualidad.

— ¿Lo dice usted por chufía?

— Lo digo por el puñetazo que te arreó el otro día Orosio.

— ¡Bah! Eso no tie importancia. Mi «Oro» es de ley, aunque las gasta así. ¡Como el pobre es de Alcázar!...

— ¡Ya se le conoce! ¡Le tie una afición a las *tortas*!... ¡Mentira parece que te hayas enyugao con ese chulo, sabiendo que en el barrio le pusieron de mote el *Sindeticón*, por lo mucho que pegaba!

— ¡Cosas de la gente! Ella tuvo la culpa de mi matrimonio.

— ¿La gente?...

— ¡A ver qué vidita! ¡Si una no se fiasel!... «¡Sinfo, cástate y no seas tonta! — me decía todo el mundo —. ¡Mira que la mujer, pa ser feliz, necesita el amparo de unos pantalones!»

— ¿Y tú lo creíste?

— ¡Claro! Por eso me agarré al *indisoluble*.

— ¡Valiente prima!...

— ¡Iluminá del to! Bien claro veo ahora que la mujer, con unos pantalones solamente, no tie pa salir de apuros. Y, si no, ¡aquí está la prueba!

— ¿Qué es eso que llevas ahí?

— Los pantalones de mi querido esposo.

— ¿Trabaja ya?

— ¡Quia, hija! Con esto de las huelgas, va pa diez y ocho meses que no se ocupa de otra cosa que de aumentar la familia, por lo cual resulta que el *paro forzoso* es pa mí.

— ¡Pobre Sinfo!... ¿Es verdá que hace poco soltaste dos retoños de un golpe?

— Sí, señora. Y van dos veces que me pasa lo mismo.

— ¡Cuatro chicos en dos años!... Comprendo tu triste situación.

— ¡Calcule usted! ¡Sin camisa, y con dos pares de gemelos! Estos calzones son lo único pignorable que queda en casa. Pero ¡como si no! Está visto que los pantalones,

aun siendo de pana, no sirven pa na. En ningún lao los quieren.

— Y eso, ¿por qué?

— ¡Por una bagatela! Mire usted...

— ¡Caracoles! ¡Si tie rota toa la parte del hemisferio!...

— De tanto trabajar.

— ¡Y a eso le llamas *baga-tela*?

— Por no decir otra cosa. Pero usted ya me entiende.

— A veces, no. ¡Te has vuelto tan *finolis*!

— ¡Qué remedio! ¡Si viera usted lo bien que hago el artículo en las casas de compraventa mercantil, pa que me presten, aunque no sea más que un poco de atención!...

— ¿Te oirán con *interés*?...

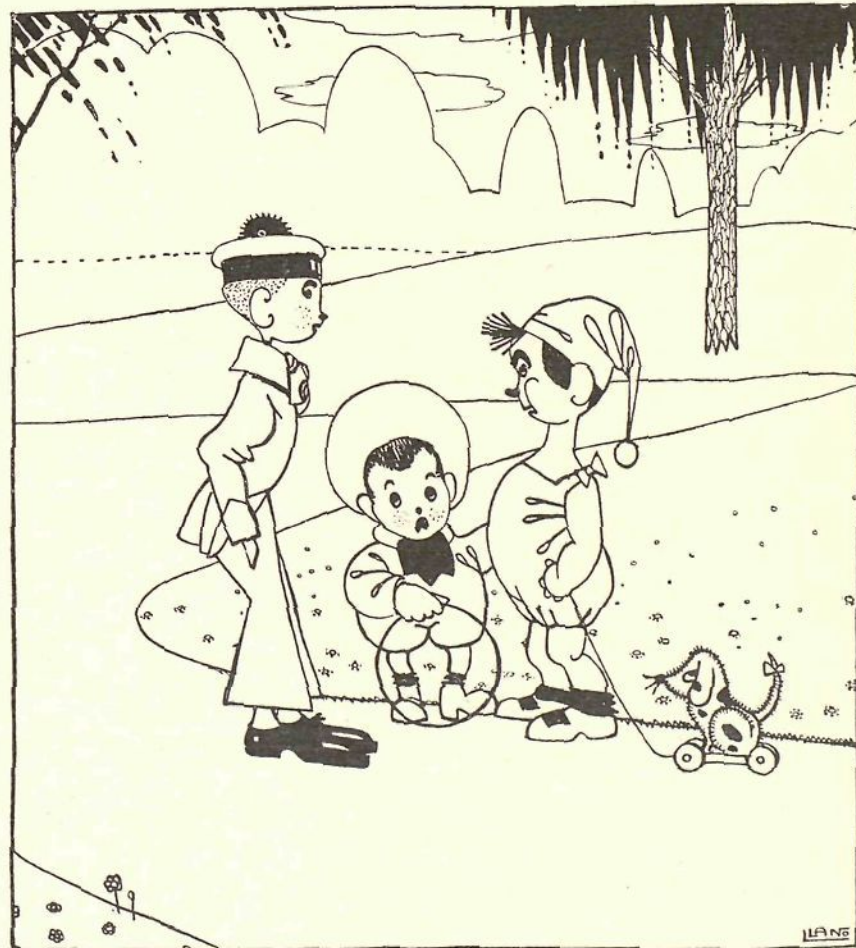
— Sí, pero no. La coba, por lo visto, no se estila en *pañaranda*...

«Sepa usted — le dije a un *prestame-ro* — que no tie usted aquí una prenda que valga tanto como la que acaba de ver.» En esto entró un pobre cojo y ciego exclamando: «No hay prenda como la vista»; y creyéndose que me daba la razón, el *empeñista* se puso con el pobre de una manera que, al verlo así, el ciego y cojo salió *por pies*.

— ¡Los hay de pronóstico!...

— Otro me vino después con la cantinela de que tenían un roto en la *posteridad*. «Mejor pa usted — le dije —; así ganará más en los intereses.» «¿Más?... ¡No lo comprendo!...» «¡Pues está *diafanísimo*! A todos les cobra el seis por ciento, y yo le doy un *siete*!...»

— ¡Eres un hacha, Sinfo!



ENTRE NIÑOS

Dib. LLANO. — Madrid.

— Yo me llamo Loló; mi mamá, Lili; y mi chacha, Tutú.

— ¿Y el perrito?

— Pepito.

— Soy una víctima *depilatoria* de los compraventeros, que no tienen corazón ni vergüenza.

— Dímelo a mí, que me empeñé en casarme con uno, y a los seis meses me dejó, diciendo que había cumplido.

— Lo creo. Pues no va el de la calle de San Dimas, y, al enseñarle los pantalones de mi «Oro», fijándose en el desperfecto, se arranca diciéndome: «Oiga usted, distinguida menesterosa, ¿por qué le deja usted sin pantalones de *verano* a su cónyuge? ¿Es que no los necesita?» «No, señor», le contesté. «Pues, por el deterioro, yo creía que sí. ¿Qué oficio tiene? ¿Es oculista?» «Es panadero, y como está siempre metido en harina, pues no los usa, ¿sabe usted?» «¿Es de pala?» «¡Es de Bollullos del Condado!» «Pues... ¡que le aproveche!» «¡Si viera usted los bochornos que tengo que pasar!»

— Tú tienes la culpa. ¿Por qué no dejas al gandulazo de tu marido?

— Porque, a pesar de to, es un cacho de pan.

— Un mendrugo pa toa la vida es poco menú.

— Y ¿qué voy a hacerle, si el pobre está mu delicao? En la cama le tengo desde el lunes.

— ¿Qué tiene?

— Encefalitis.

— Y eso, ¿qué es?

— Una enfermedad que consiste en morir de sueño.

— ¡Ganas de poner motes! Aquí, y en toda tierra de garbanzos, cuando uno se muere de sueño, lo que tiene no es *encefalitis*: es *galbanitis*, vulgo *perra*. Y eso es lo que tiene tu marido: *perra*. ¡Lástima de morcilla!»

— Indirectas, no, señá Celes. Al fin y al cabo, se trata del cabeza de familia, y una tie que sacrificar-se. ¡Dichosos pantalones!»

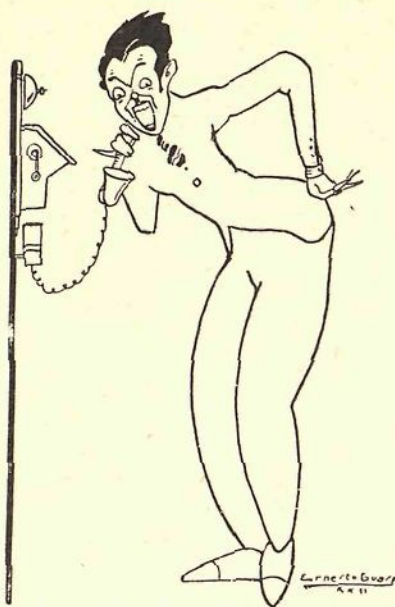
— ¡Anda, y que los zurzan!»

— ¡Ojalá viera yo zurcidos estos que llevo aquí, pa que me los tomaran en el Monte de doña Piedá!

— Me parece, Sinfo, que pues volverte a casa.

— ¡Claro que sí!... Lo que siento es el disgusto que va a llevarse «Oro» cuando me vea de vuelta, con los pantalones devueltos... El, que tan alegre y cariñoso me despidió, diciendo: «¡Adiós, prenda!»

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.



Dib. ERNESTO. — Valencia.

GALANTERÍA TELEFÓNICA

— ¿Es la señora marquesa?... ¡Ah!...
— ¡Es usted muy cara de ver!»

EPÍSTOLA CACAREADA

(Primer premio en los Juegos florales de Valdelatas.)

LEMA: «Ex Ministro de Estado.»

Como el poeta premiado, bellas niñas, es casado, para salvar tal escollo, lo que él hubiese contado os lo va a contar... un pollo.

Pero no un pollito *bien*, no; sino un pollo, ¡ay de mí, de esos que veis con desdén en un corral, como hay cien, cantando el ¡quiquiriquí!...

Un pollo que en esta sala se encuentra en *corral ajeno*; que todo aquí es luz y gala. Mas va a cumplir como bueno, y en seguida... *ahueca el ala*.

¡Cuán por lucirme hoy batallo! Mas, ¡ay!, me falta el... meollo; pero ya que aquí... me hallo, yo os aseguro que el pollo quedará mejor que el *Gallo*.

Cuando nací, por mi mal (¡sólo al pensarlo reniego!), como dijese un zagal que yo iba a dar *poco juego*..., ¡me lanzaron *al corral*!

Crecí; fui gran pendenciero. Un día, por una apuesta, reñí con un compañero. El me dió un golpe certero. ¡Pero yo le di... *en la cresta*!

¿Galán?... Lo soy. ¿Quién lo duda? A una pollita monuda la llamé, tiempo ha, pimpollo. Pero es gorda y mofletuda... ¡Es *mucho arroz* para un *pollo*!

Luego enamoré a una bella pollita, a la que compongo versos que la hicieron *mella*. Ahora ya poco le pongo. La que *pone mucho*... es ella.

Después, *chalupa* perdí por una hembra de *tronío*, fui, en el corral, su vasallo. Me *atizó*, al saberlo, el gallo, y allí no dije *ni pío*.

Pero mi gran frenesí por una pollita fué de cresta como un rubí. Tanto al verla me alegré, que lancé un ¡quiquiriquí!...

Ella se puso muy hueca. Esponjó su pluma grana. Me hizo una graciosa mueca, y yo le dije: «¡*Barbiana*!», y ella dijo: «¡*Pollo, ahueca*!...»

Tal rabié al darme ese mico, que de ira me hice, ¡compadrel, polvo aquel pico tan rico. ¡Como la encuentre (¡ay mi madre!), me va a pagar *aquel pico*!...

Toda amistad he olvidado. Así, ayer, que fui al mercado para comprar un repollo, dijo una chula a mi lado: — ¡Qué caro se *vende* el pollol...

La berza importó... una suma. — ¿Qué vale, *señá Pascuala*? — Una *pela*.

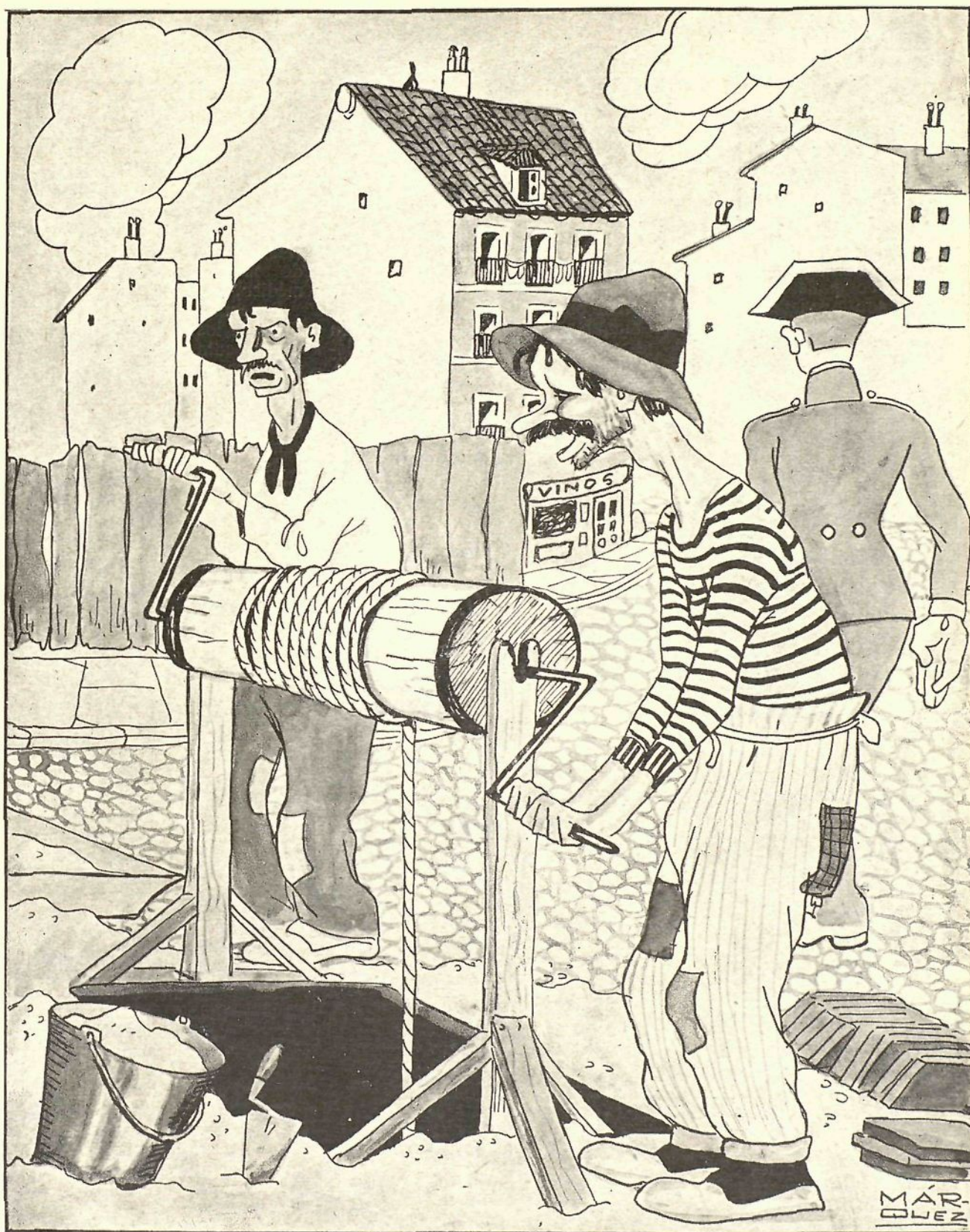
— ¡No me abruma! Y me *sacudí* una pluma diciendo: «¡Ahí va la del *ala*!...»

¿Salir de noche? ¡Pamplinas! Lo que es eso, sí que no. Ni rondas ni estudiantinas, porque ya sabéis que yo... me acuesto *con las gallinas*.

A Guerrero, el cocinero, ya le he dicho: «¡Morir quiero! Mi muerte, pues, no dilates; pero, por Cristo, Guerrero, ¡no me mates... con tomates!»

De mi historia, lo que resta callaré. Renuncio al bollo por el guantazo en la cresta. ¡Perdonad la lata esta, que es una *lata*... de pollo!

MIGUEL DE CASTRO.



— ¿Tú crees que con el jornal que ganamos tenemos bastante para sostener a la familia?
 — ¡Ca, hombre!... ¡Por muchas vueltas que le demos!...

Dib. MÁRQUEZ. — Madrid

ME PARECE QUE VOY A PEDIR EL PODER

Si, señores; estoy completamente decidido... ¡Quiero gobernar a España...

Claro es que no tengo seguridad de si me dejarán; pero yo voy a intentarlo. Hay que ver los años que hace que Melquiades Alvarez (mi ilustre compañero desde hoy) está poniendo los medios para que le entreguen las riendas del carro del Estado, sin conseguir más que buenas palabras y lejanas esperanzas; y él, sin embargo, no desmaya e insiste, y así seguirá hasta que se las den..., o hasta que no se las den, que es lo más seguro... No creo que yo tenga menos suerte que él, y como lo peor que me puede suceder es que no me llamen a gobernar tampoco, es indudable que por lo menos quedaré a la misma altura que Melquiades, lo cual no tiene más remedio que honrarme mucho...

Por tanto, queda desde ahora fundado por mí un nuevo partido, en el que pueden entrar sin pagar un céntimo todos los ciudadanos que lo deseen. Solamente exijo honradez aparente; y desde luego no admito correligionarios que no sepan leer y escribir. Esto último, que no lo tiene ningún otro partido político, supongo que dará al mío un enorme crédito y una respetabilidad inmensa. Yo no soy de los que quieren gobernar con la escuela de Maquiavelo, ni con la escuela de Cronwell, ni siquiera con la de Lloyd George; pero quiero, eso sí, contar con la escuela de instrucción primaria por lo menos!...

Mi credo político es el liberal; pero no un liberalismo cojo, como el de Romanones (mi egregio compañero desde hoy), ni un liberalismo cursi de quiero y no puedo, como el de García Prieto (mi eminente compañero desde hoy),

ni un liberalismo conservador, abstracto, inerte y jeroglífico, como el de D. Antonio Maura (mi eximio enemigo político desde hoy...) Es un liberalismo radical, de acuerdo con los tiempos que corren y en completo desacuerdo con esos concejales que también corren... cuando ven a un guardia... Espero, pues, confiadamente en que de hoy en un año (¡felicidades!) mi partido será el más serio, el más numeroso y el más nutrido de todos; y digo el más nutrido, porque pienso darme a mí mismo, y con el dinero de mis correligionarios, tres banquetes semanales, en los cuales peroraré en favor mío, en favor de que me llamen a gobernar lo antes posible, y en contra de Alba, de Lerroux, de Alcalá Zamora y de La Cierva (mis esclarecidos compañeros desde hoy), a los que pienso poner como guiñapos para dejarles más desacreditados de lo que están, ¡¡que ya supone trabajo para mí!...

Y como me figuro que España querrá conocer mi programa, para ver si conviene a sus intereses utilizar mis servicios y ayudarme a escalar las cimas y los siete picos del Poder, voy a decir sucintamente lo que yo estoy dispuesto a realizar, si no se comete la locura suicida de rechazar mi patriótico ofrecimiento.

En primer lugar, mi sueldo de primer ministro será rebajado a la cantidad de veinticinco pesetas diarias, corriendo de cuenta del Estado los gastos de sastre, carruaje, médico, botica y entierro.

Suprimiré casi en su totalidad las dietas a los diputados, dejándolas en cuarenta duros mensuales, que me parece suficiente para lo que hacen y para como lo hacen. ¡Aparte de que la única manera de que un diputado esté a dieta es que gane poco dinero!...

Aumentaré el impuesto sobre la renta; implantaré un impuesto, no sobre los solteros, sino sobre las viudas guapas, que es un acto más moral y más democrático que el otro, y no volveré en la vida a suspender las garantías constitucionales, salvo en el caso de que me amenace de muerte un sindicalista; que entonces, ¡caiga el que caiga, pero a mí no me quita el sueño ningún hijo del vecino!...

Resolveré el problema del Rif de una manera cómoda y sin efusión de sangre, es decir, pagando a cada cabileno cien pesetas por cada fusil acompañado de cincuenta cartuchos que nos venda. Aseguro, puesta la mano en el corazón, que no nos volverán a disparar un tiro, aunque desde luego afirmo que nos estarán vendiendo fusiles todos los días, además de vendernos el favor...; pero mi futuro ministro de Hacienda ha hecho números, y se ha demostrado palmariamente que esa compra continua de armamento enemigo nos sale treinta millones más barata que hacer la guerra...

Resolveré el problema del suministro de flúido eléctrico en Madrid, y el todavía más pavoroso



LA VOZ DE LA CONCIENCIA

Dib. DEMETRIO. — Madrid.

LA VENDEDORA DE DÉCIMOS. — ¡Éste es de los que tocan!...

problema ferroviario, dispensando a las Compañías de abonar sueldo alguno a los consejeros y haciendo que algunos hombres públicos les paguen los recibos de consumo de luz que les deben y los viajes gratis en ferrocarril que han hecho con pase. Esta medida convertirá a las Compañías eléctricas y ferroviarias en las más ricas del mundo...

Haré dimitir inmediatamente a Millán de Priego...

Pondré un impuesto sobre los discursos de propaganda (menos sobre los míos), que consistirá en pagar por cada doscientas palabras de más cinco pesetas; con esta medida arruinaré a Francos Rodríguez. Si los discursos excediesen de dos mil palabras, apelaré a las multas, que no podrán ser menores de quinientas pesetas; y en caso de

reincidencia, quince días de arresto, con la pena de no hablar con nadie, es decir, suprimiendo el locutorio.

El problema obrero tiene para mí un facilísimo remedio: daré una cartera al Noy, otra a Pestaña y otra a Largo Caballero, y que ellos se las compongan con los trabajadores. Mi futuro ministro de la Gobernación (como ven ustedes, tengo preparado ya el Gabinete) me ha asegurado que, si pudiésemos dar una cartera a cada obrero (con mil pesetas dentro), el problema se resolvería todavía muchísimo mejor. Lo estudiaré, no obstante, porque la idea me encanta...

También prometo ocuparme del problema de la vivienda, concediendo a los inquilinos una moratoria para el pago de alquileres, que, por este sencillo medio, no se harían

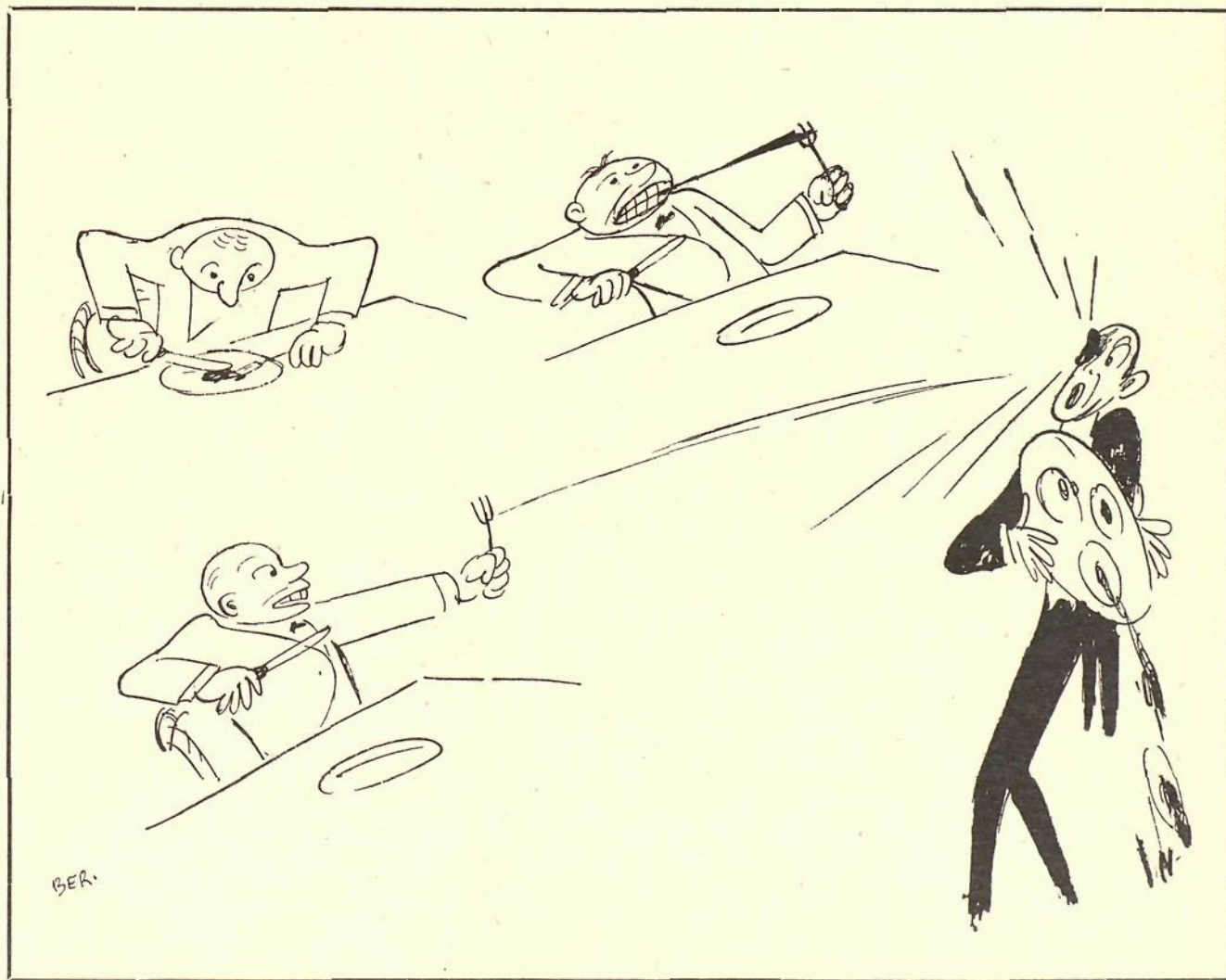
efectivos hasta que la vida bajase. Y como si no cobrasen los alquileres, la vida de los caseros bajaría casi hasta el sepulcro, estoy convencido de que ellos bajarían antes los precios de los pisos, y el conflicto se resolvería automáticamente.

¿Ven ustedes qué sencillo es gobernar bien?

Pues esto que digo no es más que un botón de muestra, porque si logro la suerte de formar mi partido y de ser llamado al Poder, juro por mi salud que la felicidad de España, la prosperidad de Madrid y hasta la Guindalera dejarán de ser vanas palabras, para convertirse en realidades hermosísimas.

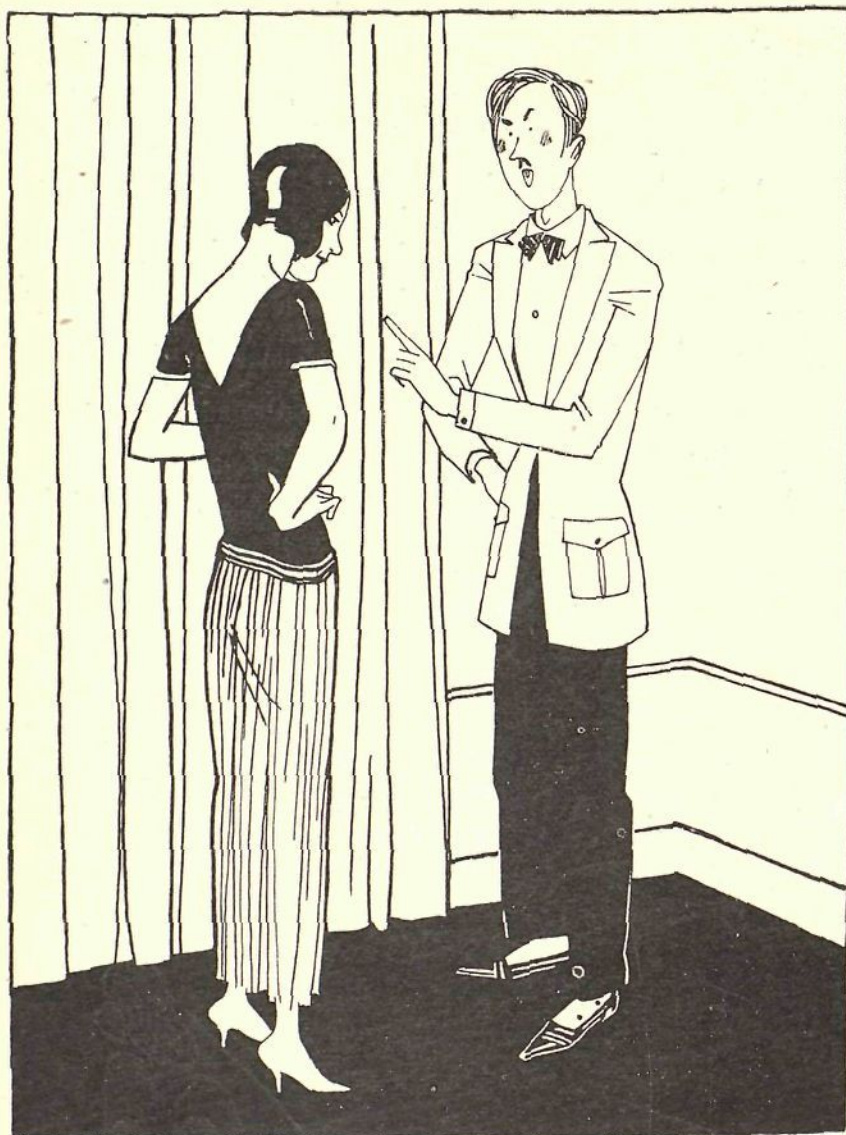
¡Que me llame quien puede, y se convencerá!

ERNESTO POLO.



UN BIFTEC TENAZ

Dib. BERGSTROM. — Estocolmo.



Dib. REINOSO. — Madrid.

— Y esté usted segura de que no es su dote lo que persigo, pues ya he oído decir que no están ustedes de dinero tan bien como parece.

NARINGOMANCIA

La nariz, esa importantísima facción del ser humano, está llamada a ser base de una nueva ciencia de apabullante infalibilidad.

Ya existen muchos individuos que leen en la palma de la mano.

Los rasgos de la escritura denuncian, según bastantes adivinadores, las condiciones psíquicas de quienes la trazan; pero a nadie se le ocurrió hasta el momento presente el que el rasgo de una nariz denunciase el carácter íntimo de su propie-

tario. Y, sin embargo, nosotros hemos tenido la suerte de haber descubierto una nueva ciencia, que abre un ancho campo a los estudios recónditos del alma.

Nosotros nos atrevemos a leer en una nariz quién es su poseedor, qué piensa, si es un amoroso o un asceta, si es criminal o santo, si es adinerado o pobretón, si duerme con calzoncillos de cintas o si es un incrédulo, si ha escrito versos, si se ha peleado con algún empleado del tranvía, si conoce idiomas, si ha tomado zarzaparrilla, o si está

enamorado de una cupletista, etc., etcétera.

Vamos a demostrar nuestros conocimientos naringománticos exponiendo algunos estudios abstractos sobre cada determinada nariz. Los que nos lean échense mano a las suyas — si no hay gente delante — y se convencerán de lo rotundo de nuestras afirmaciones.

Nariz regular. — El dueño de una de esas narices ordinarias y generales (existen casi tantas ordinarias como generales) es siempre un individuo que acostumbra o dormir con la cabeza apoyada, ora en una almohada, ora en un respaldo. Es, aunque no lo diga, un adorador de las pantorrillas bien contorneadas. Le molestan los malos olores, y es un eterno enemigo de las moscas, sobre todo si las encuentra en un plato de bacalao a la vizcaína.

Nariz aguileña. — Nunca duerme boca abajo. Es un apasionado de los calcetines sin costura. Siente gran simpatía por los billetes de Banco. Experimenta cierta íntima vanidad cuando se halla cerca de un individuo chato (por eso, sin duda, a la forma *aguileña* se la llama también *orgullosa*). Prefiere siempre en los teatros las butacas de callejón. No vuelve nunca la cabeza en la calle los días lluviosos para recrearse en los bajos de un sacerdote.

Nariz cartabón. — No se ríe nunca, ni cuando se afeita ante el espejo. Sospecha casi siempre de la esposa si la encuentra más de una vez acompañada del mismo amigo. Escribe poesías; pero no ha podido jamás hallar un consonante a *mármol*. No siente deleite alguno por dejarse sacar una muela cariada. Le agradan las gordas en invierno. Tiene cariñosa y recóndita simpatía por los loros y guacamayos. Se lava los pies a la entrada de verano, y muestra, durante esta estación, preferencia por las bebidas frías.

Nariz roma. — Es romántico vitalicio. Usa mondadientes y gusta de lucir uno en la boca. Durante los meses estivales viste secretamente, para andar por casa, una camisa de señora. Juega a la lotería, siempre con la esperanza de que le toque el gordo. Acostumbra a llevarse el azúcar sobrante de los cafés. En la intimidad hace juegos de prestidigitación. Nunca bebe el caldo con anís del mono.

Nariz extrachata de nacimiento. — Procaz y revoltoso. Bravucón y pendenciero. Adora los placeres y la juerga. Usa cadena de reloj con dije, y se deja crecer la uña del dedo meñique de la mano izquierda. No engaña a nadie, quizás por lo que muchos dicen: «A mí no me la da ningún chato.» Se le adivinan las intenciones, y algunas hasta se le ven por las ventanillas de sus narices. No es admirador del trabajo artístico de Castrito. Envidia los bigotes más grandes. No cree en Mahoma.

Narices chatas por accidente. — Ha sufrido grandes dolores. Se parece por el drama policíaco. Por nada de este mundo deja a nadie con un palmo de narices, por miedo quizás de que las suyas se las acorten más. Cuando va cada día a la pieza más pequeña de su casa, procura estar solo. Es un enamorado de las lenguas muertas, dándole preferencia a las estofadas. Siente profunda contrariedad a prestar su dinero. Fuma y se traga el humo; pero no lo echa por la nariz por miedo a cegarse.

Nariz respingona. — Quien posee esta nariz femenina es caprichoso y se parece por los viajes al extranjero, las elásticas de seda, las mujeres alegres y los cigarros de La Habana. Siente profunda repugnancia hacia los traperos. Usa tirantes y se lava a diario. Tiene odio ingénito al aroma del yodoformo.

Narices elefantíacas. — El nari-gón ocupa siempre altos cargos y se figura que las señoras sienten cierta curiosidad sobre su persona. Lee mucho, pero siempre con auxilio de un telescopio, por la distancia a que le obligan sus narices a colocar el libro. Cuando se le hinchan las narices no puede salir de casa. Huele siempre donde guisan; pero cuando cocina no se pueden comer sus platos.

Nariz piñón o pestiñera. — Este microscópico rudimento nasal produce fatalmente en su poseedor una infantilidad aguda. Usa corbatas de colores vivos y chillones. Es apasionado por los merengues de fresa y por la leche merengada. Siente horror de tener que pernoctar en un evacuatorio municipal. Cree en la muy próxima venida al Poder de Melquiades Alvarez. Odia el trabajo artístico de Edmond de Bries. No cree en la amistad de los bizcos.

Desnarigados. — San Juan de



Dib. ALPHA. — Madrid.

ÉL. — ¿Cuándo piensas estrenar la salida de teatro que te mandé?

ELLA. — Pues... cuando me mandes las entradas.

Dios, Medina Sidonia, balneario de Archena.

Y no queremos tocar más narices.

Por si alguno de nuestros lectores tienen interés en conocer su modo de sentir y de pensar, abrimos en nuestra Redacción un consultorio naringomántico.

Sírvanse enviarnos sus narices envueltas en un pañuelo de hilo, acompañado de dos sellos de quinina mentolizada, y podrán conocer nuestra ciencia.

Las narices, una vez analizadas, no se devolverán.

Por el profesor de Naringomancia,

R. DE SANTA ANA.

CAÑO LIBRE

Vamos a ver si nos entendemos.

Pero antes es conveniente hacer dos advertencias igualmente importantes: primera, que yo no entiendo una palabra de las menudencias, requisitos, tiquis miquis y triquiñuelas del protocolo; es más, no estoy seguro de saber de cierto lo que es el protocolo; segunda, que me han asegurado que el Sr. Alvear, a quien hemos recibido y obsequiado espléndidamente, es el Presidente electo de la República Argentina; pero no tomará posesión de su cargo hasta el mes de octubre. Me lo han asegurado, pero

no puedo jurar que la información no esté equivocada, y en este caso, todo lo que voy a decir sería un hatajo de impertinencias y de tonterías.

Lo cual que lo sentiría mucho, porque nada más lejos de mi ánimo que no contribuir a estrechar los lazos espirituales y comerciales con América, que es la misión encomendada por la Providencia a los políticos y a los intelectuales españoles desde hace cincuenta años, y que ni unos ni otros han podido llevar a cabo todavía.

Y basta de exordio y vamos al asunto.

Al Sr. Alvear, como representante de un Estado de porvenir brillante que, por su origen, su idioma y sus costumbres, viene a ser como

una prolongación de la madre Patria, ha dedicado la Prensa grandes elogios y una información extensa y detallada, lo cual, no sólo me parece muy bien, sino que me parece poco. Pero al Sr. Alvear se le ha tratado oficialmente como tal jefe de ese Estado, le han saludado en todas partes con los cañonazos de ordenanza, se le ha alojado en el Palacio Real, han formado y desfilado en su honor las tropas, y ha pronunciado en recepciones y banquetes elocuentes y sentimentales discursos el Sr. Sánchez Guerra.

Esto sin contar con los saludos telegráficos y postales de Diputaciones, Ayuntamientos, Universidades, Institutos y Cámaras, y las demostraciones de acatamiento de Comisiones, Delegaciones, grupos y grupitos.

Muy bien: todo ello prueba un

sincero deseo de aproximación e inteligencia entre ambas naciones, que ojalá se lleve inmediatamente a la práctica.

Pero vamos a ver: si el Sr. Alvear, aunque ya esté elegido, no va a ocupar la Presidencia hasta octubre, no puede decirse que en los momentos actuales sea tal Presidente, puesto que el Presidente efectivo es todavía otro; y como ni la República Argentina ni ninguna República pueden tener dos Presidentes, uno para andar por casa y otro para recibir honores de tal en los países extranjeros, ¿no resulta que, con cada salva de cañonazos y con cada desfile de tropas de los dedicados al Sr. Alvear, hemos hecho, sin querer, un desaire mayúsculo a la persona que está ocupando el cargo?

Y no tendría maldita la gracia que se nos enfadara con razón el Sr. Irigoyen, y en lugar de apretar los lazos, el Sr. Sánchez Guerra y el señor ministro de Estado los hubieran alojado más de lo conveniente.

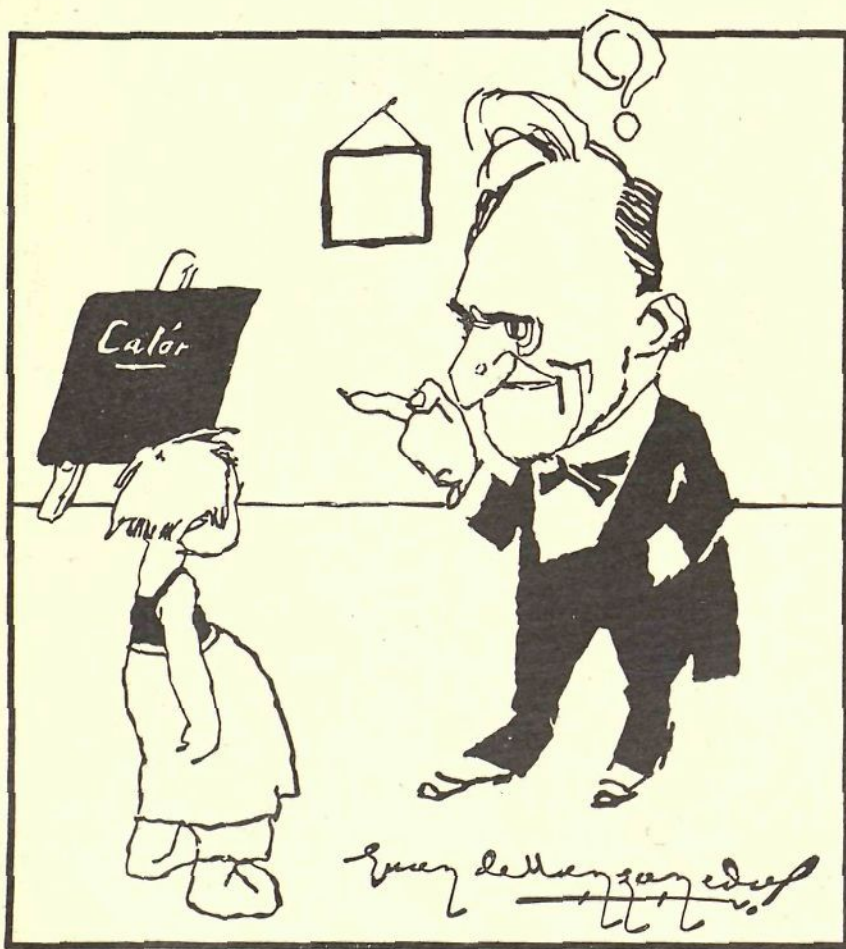
Repito que estoy a oscuras en lo que se refiere al protocolo, que no sé si todo lo acontecido estará o no estará previsto y sancionado por la diplomacia, y que ignoro si el señor Alvear es Presidente ahora o no empieza hasta octubre; pero de todos modos, suplico a quien corresponda que se me perdone, porque, en fin de cuentas, no se trata de otra cosa que de pasar el rato.

En Barcelona han vuelto a ejercer su antipática profesión los pistoleros de ambos matices, y no se pasa día sin su asesinato correspondiente.

¡Cielos! ¡A ver si D. Melquiades, en cuanto suba al Poder, tiene que suspender las garantías!

Porque sería un pueblo, como se decía en tiempos de Sagasta.

El precitado Sr. Alvarez (D. Melquiades) anunció oportunamente, para que viviéramos tranquilos, que en cuanto acabara de tomar las aguas de Mondariz iría a San Sebastián a conferenciar con los otros jefes de las izquierdas acerca de la



Dib. MANZANEDO. — Madrid.

EL PROFESOR. — ¿Por qué ha escrito usted calor con acento?

EL ALUMNO. — Porque he oído decir a mi padre que desde hace unos días el calor se acentúa...

intensa campaña que piensan realizar este verano.

¿No han notado ustedes que en cuanto aprieta el calor y los políticos sienten la necesidad de salvar la Patria, da la pícara casualidad de que se citan siempre en alguna playa del Norte? Ni en sueños se les ha ocurrido jamás juntarse en Ecija en agosto.

Por lo demás, el lorito de Castropol puede ahorrarse si quiere los discursos y los viajes; la propaganda ya está hecha y conocemos el programa detalladamente: secularización de cementerios, reforma de la Constitución, colocación de amigos y parientes... y aumento de dietas.

Porque aunque D. Melquiades es de los emboscados, ya sabemos lo que opina el partido reformista en este último punto.



Ahora, que no se por qué me da el corazón que esta vez los diputados jornaleros se van a quedar con las ganas, porque a la nación entera se la está metiendo en la cabeza que no cobren.

Y milagro será que no pierdan en la refriega las quinientas pesetas para sellos y el carnet para viajes.

¡Porque ya vamos estando de gangas hasta la coronilla!

SINESIO DELGADO.



DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

HORAS DE EMOCIÓN

Yo me he retratado en la fotografía de una verbena. Por más señas, estoy oprimiendo una rueda grasienta, que algún día se escapó de la carreta de un cojo, guiando un aeroplano que surca los aires. Pero no es esto lo interesante, no; lo curioso es que he tenido allí ocasión de ver la lucha del hombre con la máquina fotográfica.

Ante todo, para saber a qué atenernos, voy a explicar la forma y caracteres del objeto que en un rapto de ligereza he llamado máquina fotográfica.

Un cajón negro, pequeño, del tamaño de una caja de galletas, sólo que un poco más alargado. En el plano que hay frente a nosotros, un pequeño agujero con un cristal, que hace las veces de objetivo. A un lado, una pequeña cerradura. El aspecto total es el de la caja de muestras de un viajante.

Colocado sobre un trípode es éste el

aparato o fiera que ha de enténderselas, en terrible contienda, con el hombre fotógrafo; esto de *fotógrafo* lo digo sin gran convicción.

Unas luces nos hieren la vista: la lucha comienza. Adoptamos una gallarda postura por si, en uno de los más enconados momentos de la lucha, funciona el aparato por casualidad.

El hombre, pálido por la emoción, nos dice:

— ¡Quietos!...

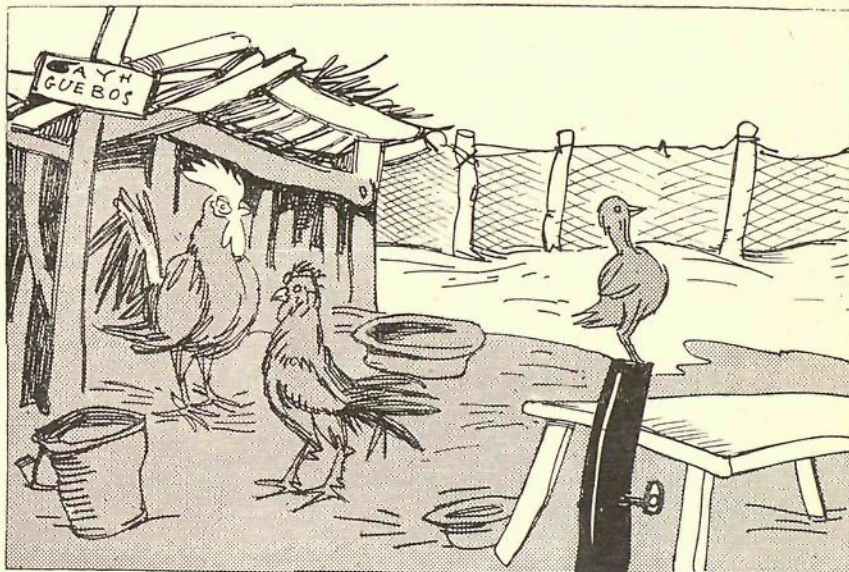
Introduce la mano derecha en el orificio posterior de la caja. Se oye un estrépito de hierros que evolucionan en el

interior. El hombre destapa el objetivo, por el que caen unas gotas de aceite. Sorprendido hasta cierto punto, ya que la costumbre nos familiariza con las más atroces catástrofes, mete dos dedos por el objetivo. Suenan nuevamente los hierros. La mano sale al poco rato con un cristalito redondo y convexo que, después de inauditos esfuerzos, logra hacer entrar a rosca por el orificio de lantero. El hombre se limpia el sudor y tapa el objetivo. Retrocede unos pasos y grita de nuevo:

— ¡Quietos!...

Vuelve a maniobrar por detrás de la

FRASES POPULARES



Un pollo bien de una casa mal...



... y viceversa.

Dib. ROBLEDANO. — Madrid.

caja. Después de introducir de nuevo la diestra, suenan unos ruidos aún más extraños, como de maderas que se derrumbasen. El hombre hace un gesto de contrariedad, y sigue trabajando estérilmente, al parecer. Entonces tiene una idea genial: golpea suavemente el exterior de la máquina. Mira por el agujero, y entonces ya no son golpes amortiguados: son verdaderos puñetazos. El ruido de las materias escondidas dentro se va haciendo ensordecedor.

Vuelve a retroceder y a gritar:

— ¡Quietos!...

Puedo jurar que no me he movido. La emoción me ha clavado sobre aquellas tablas mal unidas. Únicamente mis manos nerviosas han hecho girar a veces el volante.

El hombre fotógrafo sigue obrando sobre la máquina de muy diversos modos. Emplea la convicción; pero nada

consigue. La máquina se niega a funcionar.

Entonces es cuando, siempre práctico en el manejo de la máquina, introduce un palo torneado por el orificio posterior. Caen unos tornillos, unas ruedas dentadas y una página de *El Liberal*.

— ¡Quietos!...

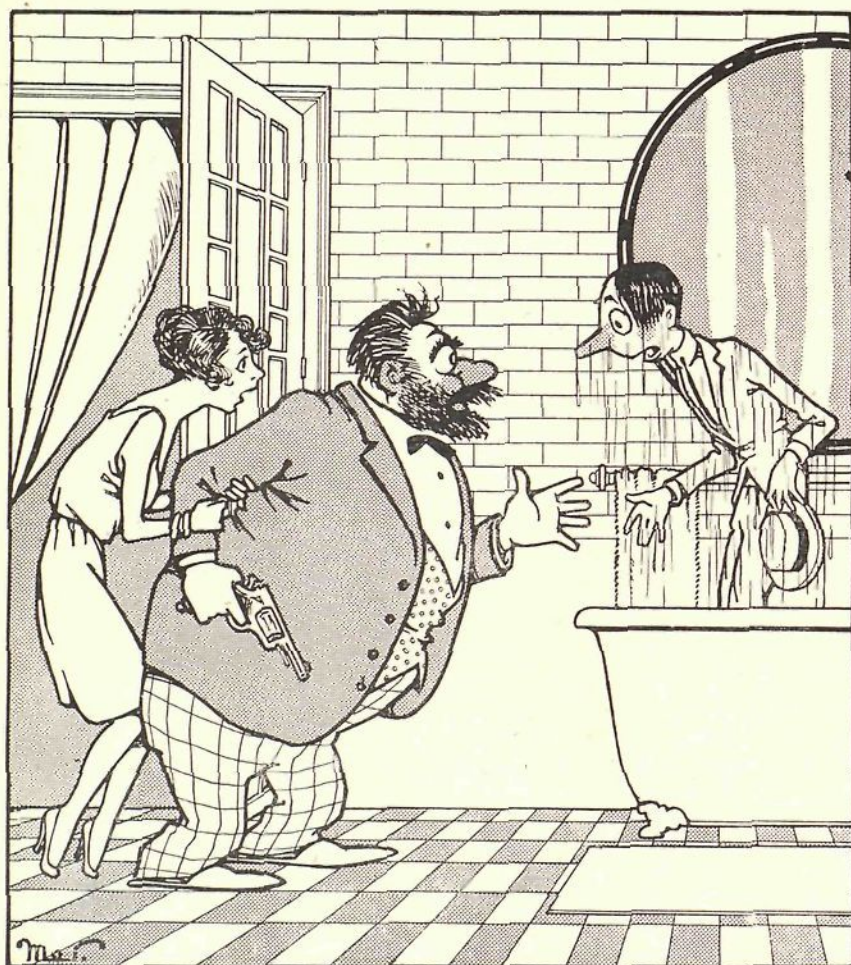
Destapa el objetivo y agita un momento la máquina sin piedad alguna.

El terror paraliza mis miembros.

El hombre, sudoroso, deja la máquina en su trípode. Este se balancea un momento, y el fotógrafo nos advierte que todo ha terminado.

Sinceramente, he sentido deseos de estrechar aquella mano encallecida y sudorosa que ha sabido, gracias a una valerosa constancia, dominar a tan discolorado aparato.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— Pero, bueno, ¿a qué ha venido usted a esta casa?... ¿Por qué está usted metido ahí?...

— Pues por su hija.

— ¿Y me lo dice usted tan fresco? ¡Ah, miserable!... ¡A usted le pego ahora mismo un tiro que lo dejo secol!...

TITIRIMUNDILLO

Al hablar de la ejecución de un reo, un periódico da la nota emocionante: «Instantes después le segaba el cuello la cuchilla.»

¡Era natural! Estamos en agosto, la época de la siega.

✂ ✂ ✂

Gil Follol ha visto un retrato del «apuesto D. Miguel».

¿Apuesto?... ¡Apuesto cualquier cosa a que ese D. Miguel no es Unamuno!...

✂ ✂ ✂

— ¡Qué barbaridad! ¡Cómo ha subido el franqueo de la correspondencia!

— A mí me da lo mismo; cuando tengo que enviar alguna carta a provincias, se la doy a un ministro para que la lleve. ¡Se pasan la vida en el tren!

✂ ✂ ✂

Según una profecía política, el Gobierno debe caer al terminar el verano. Estamos viendo a los liberales salir mañana mismo con gabán de pieles y bufanda, para demostrar que ya ha llegado el invierno.

✂ ✂ ✂

Romanones censura a Sánchez Guerra de que no ha tenido un solo acto de conservador.

No, ¿eh?... Y el conservar el Poder, ¿le parece a usted poco?

✂ ✂ ✂

— Cerca de Liverpool se celebrará una carrera de bicicletas, vistiendo los ciclistas frac y sombrero de copa.

— Y ¿se disputan una copa?

— Sí; pero esta vez la copa es con ala y forro también. El sombrero entero.

✂ ✂ ✂

«Los muertos ascienden a cinco mil.» Los muertos no ascienden, sino todo lo contrario: causan baja en el escalafón.

✂ ✂ ✂

— Desengáñate, Nemesis: la Naturaleza no ha hecho bien las cosas.

— ¿Por qué?

— Ya ves. Tantos manantiales de agua mineral, ¡y ni uno solo de vino!...

✂ ✂ ✂

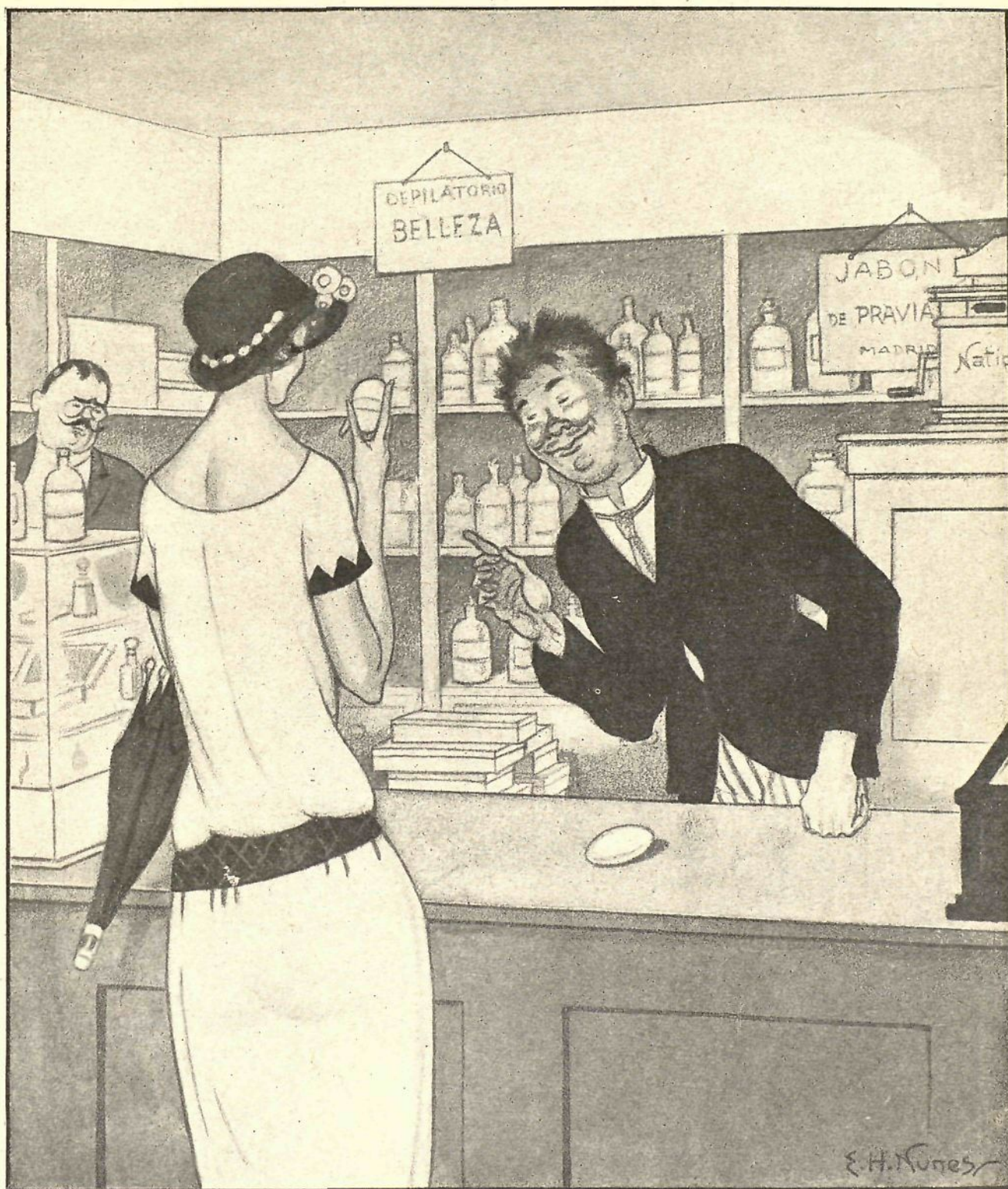
Se ha solucionado la huelga de los mineros.

Nos alegramos, porque temíamos que en eso del carbón hubiera cisco.

✂ ✂ ✂

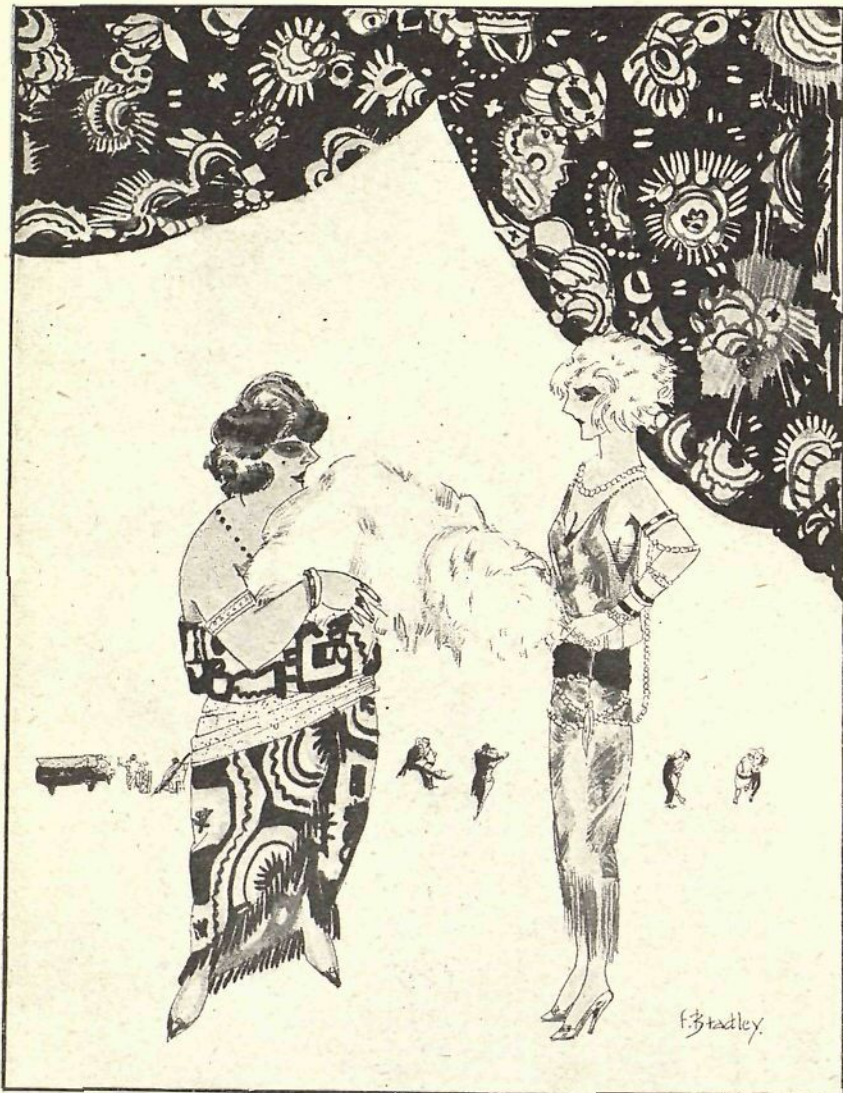
«El verano está lleno de asechanzas.»

Lo dirá usted por la horchata y los paseos nocturnos en manuela, ¿verdad? ¡Pues toda precaución es poca!



Dib. NUNES. — Cruz Quebrada (Portugal).

— Señorita, le recomiendo este jabón por sus excelentes cualidades. Yo estoy usando una pastilla hace más de dos años.



ENTRE PRINCESAS

Dib. BRADLEY. — Madrid.

— También la muerte de mi primo, el príncipe de Al-Khorcom, produjo bastante ruido.

— ¿Algún atentado bolchevista?...

— ¡Ca, hijita, cá!... ¡De una indigestión de judías!

LA FICCIÓN DEL METROPOLITANO

Entre los distintos simulacros con que se pretende dar a Madrid la apariencia de una gran ciudad, ocupa lugar preeminente el Metro.

El metro, que, como unidad de medida, no pasa de ser una engañosa ilusión (léase a Einstein), considerado como medio de transporte — en Madrid al menos —, es un artificio mecánico destinado a obcecar a los que lo utilizan.

Se trata del truco más desenfre-

nadamente fantástico que se ha ofrecido a los vecinos de la villa y corte; y como por el escaso número de representaciones que lleva esta obra subterránea de gran espectáculo, seguramente la mayoría del público desconoce la tramoya, al descubrir hoy la verdad en el subterráneo Atocha-Cuatro Caminos, realizamos una obra benemérita.

En el Metropolitano, como en todos los artificios destinados a en-

gañar, se procura oscurecer la razón del espectador, y para el logro de este propósito se utilizan diferentes medios: empiezan enturbiándole la inteligencia con un ábaco de doble entrada, donde tiene que buscar el precio del billete; intentan luego trastornarle el juicio poniendo ante sus ojos mujeres, en su mayoría atrayentes, justo es declararlo, que, encerradas en unas jaulas metálicas a muchos metros de profundidad, tienen el aspecto de doncellas encantadas en espera del paladín que rompa el maleficio que las llevó a tan deplorable estado. Estas chicas, al despertar ese anhelo caballeresco que todos llevamos en el alma, nos hacen olvidar los centenares de escalones que hemos descendido para llegar a la húmeda mazmorra donde las infelices tienden la mano suplicante en demanda del cartón donde está escrito el misterioso «¡Sésamo, ábrete!», que nos permite entrar en el túnel. Y estos túneles estaciones adornados con los rótulos «Puerta del Sol», «Progreso», «Atocha», ¿se encuentran precisamente debajo de la Puerta del Sol, plaza del Progreso, glorieta de Atocha, etc., etc? En absoluto, no.

Si, provistos de un podómetro, hacéis primero a pie el recorrido Sol-Atocha, por ejemplo, y después en el Metro, notaréis con asombro, al confrontar las dos lecturas del cuentapasos, que caminaréis muy poco más al trasladaros andando que al hacerlo en el ferrocarril de la ilusión. «¿Cómo es posible esto?», preguntaréis. Muy sencillo.

Al descender en la Puerta del Sol, tras los innúmeros escalones, os habéis aventurado por una serie de largos y laberínticos pasillos hasta llegar al andén donde dice: «Sol». Si tuvieseis a mano una sonda para perforar el túnel, introduciendo por el orificio abierto un periscopio, vuestros ojos atónitos verían la iglesia de San Sebastián.

Es decir, que al tomar el Metro en Sol, os encontráis muy cerca de Antón Martín. En los extremos del andén se abren las negras bocas del túnel: llega resoplando el convoy, se detiene un momento, y se hunde de nuevo en la obscuridad por el otro lado. Como prueba de que se va alejando, brilla durante unos instantes la lucecilla roja encendida en la trasera del segundo coche, y desaparece al fin. Pues

bien: afirmamos que cincuenta metros más allá de la estación Sol está la de Progreso, y a igual distancia las de Antón Martín y Atocha, y todas dentro del trayecto comprendido entre la iglesia de San Sebastián y la calle del León.

El truco es conocido por todos los que en su infancia vieron *La vuelta al mundo* o cualquier otra obra teatral de aventuras.

Las bocas de los túneles están cubiertas por unas cortinas de gasa negra, lo bastante tupidas para que oculten el tren y con la suficiente transparencia para que se vea el farol rojo, que se apaga cuando se supone que el tren está ya muy lejos. A los viajeros se les da la ilusión de la marcha con un mecanismo colocado debajo de los coches, que produce el tableteo simulador de la rodadura; un par de minutos de esta ficción, y, descorriendo la cortina que cierra el túnel del lado de la otra estación, el tren entra en el andén inmediato, que se vería perfectamente desde el anterior si no lo impidieran las mencionadas gasas negras. A esto se reduce todo. No se puede negar que el procedimiento es ingenioso, aunque adolezca de cierta infantilidad. Al fin y al cabo es una ampliación científica de un juego que nos divertía mucho de pequeños. Bajaban nuestros amiguitos del segundo, subía el chico de la portera, y jugábamos a que *íbamos en el tren*. En aquella habitación que en casa llamaban *la leonera* poníamos en fila todas las sillas que llegaban a nuestro alcance: ya teníamos el tren. El chico de la portera, que poseía grandes dotes de imitador de ruidos, era el maquinista: imitaba el pito, la campana, el silbido de la locomotora, y, al ponerse el tren en marcha, resoplaba con tal perfección, que nadie hubiera dicho que aquel chico no tenía en la tripa doscientos litros de agua en ebullición; nosotros, que éramos turistas, no desdeñábamos prestarle ayuda golpeando con los pies en el suelo. Así recorríamos las cinco partes del mundo, con los itinerarios un poco fantásticos que nos sugerían nuestros escasos conocimientos geográficos. ¡Quién nos había de decir que con el tiempo habíamos de pagar tres *perras chicas* por jugar a los trenes como entonces!

TEODORO PLANTILLA.

MANZANARES CLUB

Antoñito, el minúsculo y habilidoso botones del Manzanares Club, no daba descanso a sus piernas corriendo a través de los pasillos y salvando, con saltos de felino, las amplias escaleras que ponían en comunicación, unas con otras, las estancias del viejo caserón. Los billares, la peluquería, el restaurante, la biblioteca, el salón de tertulias, el rincón destinado a los recreos menores, todo lo había visitado el muchacho, lanzando en cada uno de aquellos sitios, con su voz chillona y atiplada, el mismo pregón:

— ¡El señor Parmal!...

Pero el requerido no respondía a ninguno de aquellos llamamientos.

Cansado de correr y de chillar, Antoñito iba a volver a la cabina del teléfono, de donde saliera; pero pensó que, aun cuando no era el nombre que pronunciaba el de ningún conocido concurrente a la tertulia del popular y pacientísimo Jorge, establecida en los salones más altos del edificio, bien pudiera ocurrir que en ella obtuviera contestación. Y agarrándose al pasamanos de la escalinata central subió de tres en tres los peldaños hasta llegar al piso tercero. Empujó con brio las hojas de una puerta tapizadas en verde, atravesó el estancillo y el guardarropa, y llegó a una sala cuyo paso apenas estaba obstruido por un biombo de tableros, también tapizados en un verde rabiosísimo.

Acababa en aquel momento el bueno de Jorge de sufrir uno de los más sangrantes tirones en sus famosísimas orejas; era enconada la pasión de los contutlios, y hubiera sido inútil que el botones vociferase, porque el murmullo de la concurrencia y el ruido producido al chocar las monedas y las fichas contra las raquetas arrebatadoras, habrían imposibilitado el que se le oyese. El ya tenía práctica en esto, y esperó extático en el quicio mismo de la puerta, oculto por el biombo cual si estuviese tras un burladero; y cuando se hizo un relativo silencio y creyó que ninguna voz podía ahogar la suya, esforzose un tanto, agudizó el chillido y cantó por enésima vez:

— ¡El señor Parmal!...

Pero nadie se dió por aludido. Únicamente un punto, andaluz él, de los rezongones y cachazudos, que estaba *golpeando* las últimas pesetas, volvióse hacia el sitio desde donde Antoñito clamara, y dijo con sorna:

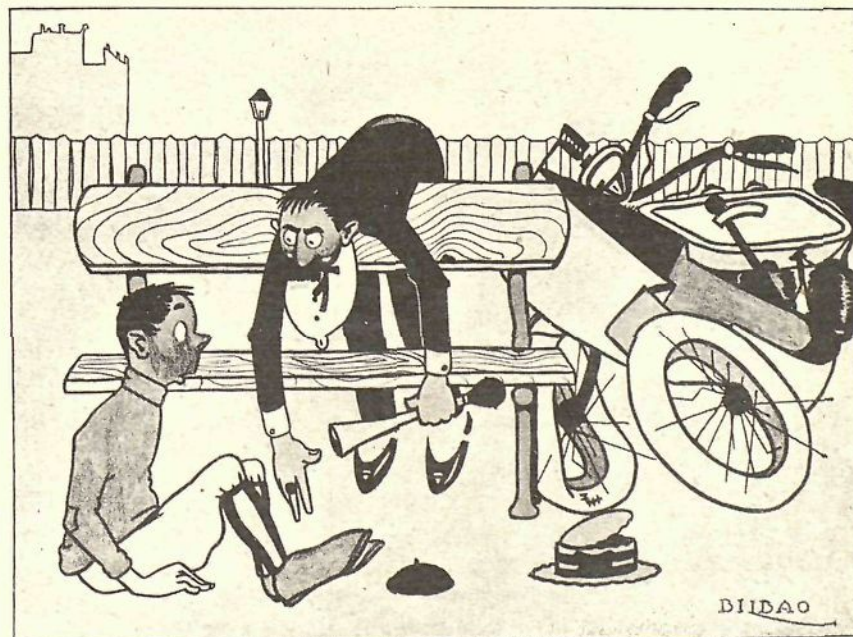
— Niñito..., aquí *parmamoz tooz*.

Se coreó la ocurrencia con una carcajada, y el muchacho tiró escaleras abajo.

Instantes después se oía la voz del botones, encajonada entre las cuatro paredes de la cabina:

— ¡Oígal!... ¡Oígal!... Dígame el nombre, porque hoy hay aquí muchos señores del mismo apellido.

PACO LÓPEZ.



UNO QUE PIERDE LA DIRECCIÓN

Dib. BILBAO. — Madrid.

— ¡Pero, hombre, si al Banco que yo le había dicho era al Hipotecario!...

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SÍ Y EL OTRO TAMBIÉN

Se vende un cerdo de lo más cochino que se conoce, es decir, de pura raza, por sesenta cochinas pesetas. ¡Vale el doble, y puedo demostrarlo, porque yo soy incapaz de hacer una porquería al público! — Razón: Camilo Guarro, presidente de la *Sociedad Protectora de Animales* de Guarromán.

Sombreros de paja procedentes de una gran fábrica italiana. Depósito: Sombrerete, 5. Se venden a duro cada uno. La operación no puede ser más sencilla: *duro*, y a la *cabeza*..., y ya estáis arreglados para el resto del verano.

¡TUBERCULOSOS!

No hagáis caso de la solución Pautauberge. No os fiéis de la solución Benedicto. No toméis la solución Konill.

No tenéis más que una solución:

LA DE MORIROS EN SEGUIDA

Para cuando llegue este caso, pedid que se encargue de vuestro entierro la Agencia de Pompas y Vanidades Fúnebres

VIDA NUEVA

¡Precios baratísimos!

¡Lujo, comodidad y «confort» modernos! ¡Panteones elegantísimos y tranquilos!

Podemos presentar infinidad de testimonios escritos de cadáveres agradecidos.

Hace falta empleado pocas pretensiones, pues el orgullo está muy feo y daña al corazón. Lo preferiré sabiendo mecanografía, taquigrafía, geografía, medicina y árabe vulgar (no pido, como se ve, un árabe aristocrático). Lo que es absolutamente preciso es que los aspirantes sepan traducir francés, alemán y andaluz. Escribid, con sello para la contestación y una peseta para gastos de papel de cartas, tinta, sobre y pluma, a la Agencia Vivó, Viales y Compañía, apartado de Correos número 19.430

Vendo un loro que no habla, pero que es precioso de tipo. ¡Admirable ocasión para sordomudos y personas a quienes molesta la conversación! — Pío Díez, Callao, 12.

CAFÉ AMERICANO

SERVICIO POR SEÑORITAS

No se admiten propinas... de una peseta para abajo. En esta casa los cafés se sirven con dos medias..., y de seda y transparentes.

GÉNEROS DE PRIMERA CALIDAD
BUENOS MARISCOS

MUY BUENAS CARNES
CONCIERTOS POR UN NUMEROSÍ-
SIMO SEXTETO

¡Si está el local cerrado, llamad al sereno!

Vendo abono de dos butacas por todo lo que queda de temporada en el teatro del Paraíso y por no gustarme la compañía. Precio: completamente gratis, y además daré catorce pesetas y un real al que se los lleve. ¡Negocio indiscutible! Catorce pesetas en plata, dos butacas del teatro del Paraíso, y por añadidura *el real*. — Toribio Regalado, hotel Ritz, cuartos 7 y 13. ¡Si les parece poco lo que ofrezco, pueden disponer de los dos cuartos también!

El almacén de calzado usado de la calle de la Pasa, 16, vende los pares de zapatos, borceguis y zapatillas a precios increíbles. Hay pares de lujo. Tenemos becerros de primera calidad, y también se admiten pares al cambio. Escribid al dueño, Fermín Toro. Si le citáis acude en seguida.

Necesito chica para todo, pero absolutamente para todo. La pagaré bien, y si no se pone tonta, hasta la daré propina. — Generoso Atiza, detrás del Biombo (calle del).

¡OCASIÓN!

Venta de automóvil 60 HP.
NUEVO MODELO

NO TIENE ESCAPE DE GASES. ES FORZOSO QUEDARSE CON EL «CHAUFFEUR». ÉSTE, EN CAMBIO, TIENE UN ESCAPE TREMENDO

Valor del auto: 6.000 pesetas. Valor del «chauffeur»: 20 pesetas diarias, comida y bicarbonato. Valor del comprador: el quedarse con el «chauffeur» en estas condiciones, porque realmente se necesita un valor heroico.

Razón: Cuatro Vientos, Garage Pedy; o Ventosa, 15, Juan Donaire.

Vendo una colección de *El Sol* y una sombrilla. ¡Como verán ustedes, estoy en todo!... No obstante, si hay alguno que quiera venir por *el sol* supondré que no le hace falta la sombrilla, y no tendré inconveniente en entrar en tratos con él. — Juan Sudón, Mira el Sol, 7.

Se desean artistas de *cabaret*, especializadas en la interpretación del antiguo cuplé *La pulga*. ¡Necesito que me garanticen el éxito, porque los públicos a quienes las voy a presentar no toleran *malas pulgas*! — Lista de Correos, V. T. A. La M.

¡T U E R T O S!

¡Ojos de cristal irrompibles!

¡No se oxidan con el llanto!

¡Los tenemos negros, azules
y garzos.

¡Gran «stock»!

¡¡Tenemos mucho ojo!!

Para el negro damos precios muy módicos, para el garzo no hay competencia, para el azul no hay casa que nos supere, y para El Pardo no hay tranvía.

GRAN ALMACÉN DE ÓPTICA

AL OJO CLÍNICO

Buenavista, 20.

SUCURSAL PARA LOS POBRES

Vistillas, 2.

Gran Pescadería Gijonesa. Vendemos la merluza a tres pesetas kilo, mejor que la de la plaza del Carmen; la pescadilla, a dos cincuenta, también mejor que la de la plaza; la sardina, a dos, y de la misma calidad; y *el gallo*, a dos diez, y éste sí que aseguramos seriamente que es muchísimo mejor que el de la plaza. — ¡No equivocarse! Gran Pescadería Gijonesa, red de San Luis. ¡Única casa que garantiza la frescura de sus pescados, como lo demuestra el que los vende en la propia red!

Agente anunciador:

NESTOR O. LOPE



AVENTURAS FANTÁSTICAS DEL CAPITÁN NORTON

Novela de Pablo Montes.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Francisco López Rubio.

(CONTINUACIÓN)

— Entonces, vamos por allí: me gusta lo inesperado y lo inexplorado.

— ¿Por qué? — le preguntó el capitán Norton.

— Es muy sencillo — contestó el capitán Proto —: tuve una novia que se llamaba Inés, a la cual adoré con locura, siendo igualmente correspondido por ella; así que, en su amoroso recuerdo, todo lo que empieza con Inés me seduce.

Entraron por el sendero: los senderos se parecen en todas las partes del planeta; lo mismo son los de las regiones ecuatoriales que los *camíños de pes* en Galicia. Estos, por lo regular, son pequeñas franjas sobre el suelo, que el paso de las personas ha ido formando.

Aquel sendero seguía bajo una enramada muchos cientos de metros; la claridad penetraba difusa hasta ellos, y en ciertos momentos en que la naturaleza vegetaba más, llegaba a la obscuridad absoluta.

Caminaban el uno detrás del otro, pues las ramas salientes les impedían hacerlo juntos; pero sus pensamientos iban unidos, y esto bastaba.

— Proto — dijo de pronto Norton —, ¡deténgase usted!

— ¿Qué ocurre? — exclamó éste, sin volver la cabeza.

— ¿No ve allá, a pocos pasos, sobre el suelo, un manguito?

El capitán retrocedió; lo que al otro le pareció manguito, era nada menos que un copi-cura.

— ¡Silencio! — dijo el capitán Proto, estrujándose sobre las ramas para no hacer ruido.

El capitán Norton hizo lo mismo sin hablar palabra; el copi-cura marchaba lentamente por el sendero hasta que desapareció de su vista.

— ¿Y qué tiene eso de grave? — dijo el capitán Norton incrédulamente —. ¡Si de un pisotón se le hace papilla!

— ¡Desgraciado — dijo el capitán Proto —, no será usted capaz de ello!

— ¡Ahora va usted a verlo!

Y ligero, con la carabina agarrada por el cañón, avanzó hasta llegar adonde estaba el bicho, y, ¡zas!, de un terrible culatazo lo dejó hecho una papilla lacteada al amoniaco, pues una vez destrozado el pequeño

animal, lanzó un olor tan nauseabundo y lacrimoso, que el pobre capitán Norton tuvo que abrir todas las ventanas de la selva para salvarse de una asfixia cierta.

Mientras, el capitán Proto, a lo lejos, en una bifurcación del sendero, se reía del desgraciado cazador de copi-curas.

Cuando pasó algo el terrible olor tan odiado por los borrachos, se acercó el capitán Proto y le rogó que fuera en adelante más juicioso. No todos los animales son terribles por su fuerza, sino que cada uno tiene un medio de defensa diferente.

Pasaron adelante sobre los restos ya volatilizados del bicho; aquella senda era siempre uniforme; pero cuando pensaban ya volver al punto de partida, notaron algo que los sorprendió. Era un ruido como de cascabeles y panderetas que se acentuaba en la espesura, hacia la derecha; este ruido tenía el ritmo de una sinfonía de Beethoven y las ondulantes gradaciones de una danza morisca; al principio era enternecedor y suave; luego, lento y argentino; después, moderado y breve, para terminar en una dulce parsimonia de *allegretto*.

¿Quién era aquel músico misterioso de la selva? ¿Cómo podía hallarse en aquellas apartadas regiones un compositor de tal inspiración?

Pero la respuesta se hizo esperar muy poco: ante ellos apareció un elotrapo (animal que se deja hacer una dolorosa operación en la garganta, la que soporta pacientemente, y gracias a la cual puede conseguir las ondulaciones musicales que quiere).

Se hizo de noche, y, no pudiendo volver a la playa, quedaron en el oscuro sendero, donde, arrullados por la música del elotrapo, se durmieron tranquilamente.

CAPÍTULO XIX

Casi asados.

Despertaron, Norton el primero, y cuando pensaron emprender la marcha en busca de lo desco ocido, notaron, con marcado horror, que estaban fuertemente sujetos de pies y manos; esto les contrarió bastante, pues tenían prisa por salir de aquel túnel verde; pero todavía no habían empezado para ellos las verdaderas aventuras; a los pocos minutos aparecieron en

compacta masa, desgraciadamente, unos cincuenta negros de todos los colores; les rodearon y sujetaron fuertemente, llevándolos en brazos un buen trecho.

Salieron (es decir, les sacaron) del túnel y llegaron a la orilla de un lago muy parecido al célebre Ladoga, el cual bordearon hasta llegar a un bosque de árboles tan finos y transparentes, que se podían contar, a través de su corteza, todas sus fibras. Estos árboles estaban separados prudentemente por sus troncos, pero por arriba se besaban las ramas distraidamente; un amplio lugar que ocupaba el centro de aquel bosque fué el sitio designado para el descenso.

Allí, sobre el duro suelo, los dejaron fuertemente sujetos, y se pusieron a deliberar los notables de la tribu; su fin no era dudoso: serían comidos apetitosamente por aquellos negros multicolores; lo que únicamente debían discutir era el guiso con que les sentarían mejor a sus estómagos.

De acuerdo o no, los que no discutían empezaron a traer ramas secas del fondo del lago, con las cuales fueron completando una pira de regulares dimensiones.

Dos negros forzudos empezaron a frotar dos trozos de leña hasta conseguir rendirse, pues fuego no lograron sacar; lo que sí vieron los desgraciados fué que, con disimulo, para no quedar mal ante los prisioneros, que los veían, encendieron una cerilla, y, aplicándola a la pira, la hicieron arder ruidosamente.

El capitán Proto se puso a pensar en Dios, y Norton en el león volador. Su salvación no podía venir más que por el aire.

Cuando la pira estuvo en el furor sanguinolento de su última fase, se les acercaron con unos cubos de coco, de los cuales sacaron una substancia, que igual podía ser jabón de la Toja, que mantequilla de Oruga, con la cual les frotaron todo el cuerpo; ya suavecitos y sudorosos, los dejaron otra vez en el suelo, colocando bajo sus pies un montón de hojas de eucalipto salvaje, el cual tiene la propiedad de no curar absolutamente nada.

¡Qué tristes momentos!

¡Y cómo se limaban los dientes aquellos salvajes, único cuchillo que tenían para partir la carne!

Norton ya no se acordaba del león volador: lo que embargaba su pensamiento era el pensar que moriría miserablemente, y que su esposa, cumplido el tiempo regla-

mentario, fuera vendida en pública subasta.

Pero no tuvo tiempo de suspirar mucho. Los negros se acercaron, los desataron y condujeron dando vueltas a la hoguera, se conoce que con idea de rendirlos, pues la carne cansada se masca mejor.

Les hicieron parar: el último momento de su vida había llegado.

Pero en esto, algo sobrenatural ocurrió en la tribu; a lo lejos, montado sobre un caballo blanco, apareció un santón, el cual leía furiosamente una cosa incomprensible, mientras arrojaba ancas de rana por debajo de su extensa barba.

Aquello fué su salvación. Los negros, olvidadizos de suyo, por la cuenta que les tiene, no se preocupan de las fiestas del almanaque; pero, obedientes a sus ritos, tienen personas dedicadas especialmente a recordarles sus deberes.

El santón que apareció tan oportunamente les indicaba la entrada de la Cuaresma, en la cual guardan durante tres días un ayuno absoluto y permanecen inmóviles boca abajo.

Solamente les es permitido comer alguna que otra anca de rana.

Ni Norton ni Proto comprendían nada de esto; pero al ver que se pasaba el fuego y que se les había escurrido toda la mantequilla, y viendo que todos los salvajes se tumbaban sin hacer caso de ellos, echaron a andar tranquilamente, desapareciendo del campamento de los negros multicolores.

CAPÍTULO XX

La cueva del secreto.

Cuando se repusieron algo del susto, comprendieron lo peligrosa que es la existencia en las regiones salvajes, y más cuando los salvajes prefieren la carne humana a la carne de copi-cura.

Ya lejos de los antropófagos, sintieron la necesidad de taparse con alguna ropa, pues los habían dejado en cueros, aunque vivos.

Lo único que les habían respetado era dos lunares, el uno junto a la boca, y el otro en una pantorrilla: el de la pantorrilla le pertenecía al capitán Proto, y el de la boca al capitán Norton. Como era de su misma edad, se lo tenía ofrecido a su esposa para hacerse una sortija el día que muriera.

Allá a lo lejos, bañada de una claridad suave y equidistante de su centro, había una gruta, al parecer formada de troncos de árbol; y, en efecto, así era; aproximados a ella vieron con estupor creciente que los troncos de un árbol, que debía de ser oriundo de la región, tomaban la forma recta al nacer, pero a los pocos metros se inclinaban respetuosamente, y caían rectos otra vez para ser absorbidos por la tierra y nacer de nuevo, es decir, que una sola raíz formaba aquella gruta, que en geometría podríamos llamar espirorectocurvilinea; además, las ramas, de forma aplanética, acababan por cubrir los huecos, formando,

verdaderamente, una gruta impenetrable a la luz del día.

Penetraron, no sin cierto temor, en aquella gruta vegetariana; pero un instinto secreto les decía que en aquel antro tenebroso estaba su salvación.

Al segundo día les faltaban los comestibles, cosa que no tiene nada de particular, pues no habían llevado nada con ellos; además, por toda vestidura contaban con una sarta de hojas formando espiral, que los tapaba suficientemente para no escandalizarse mutuamente en aquella sombría obscuridad gruta.

Al tercer día iban a emprender su natural paseo, cuando el ruido de una voz los detuvo; pensaron sería algún pájaro guasón, y decidieron seguir adelante; pero cuando quisieron avanzar, tropezaron con una masa dura, que desde luego no era la masa encefálica de ninguno de ellos.

Norton no cayó al suelo, ni el capitán Proto tampoco; así que pronto se repusieron del susto.

En esto, una voz suave y melodiosa, atravesando aquella masa, cantó dulcemente la *donna immobile*... Pero los que se quedaron inmóviles fueron ellos. ¿Cómo era posible que en un país de salvajes, y en una gruta más salvaje aún, escucharan semejante *grutalidad*?

Mas no era ilusión de los sentidos, no; la canción siguió; pero hubo algo más asombroso todavía: una voz fuerte, pujante, gritó al acabar el disparatado canto: «¡Bravo! ¡Bravo!»; y esta voz era la de Desnancer.

Norton se sentó un rato y le indicó al capitán que le pellizcara, cosa que hizo con cierto agrado entre la espiral de hojas; pero Norton no salía de su asombro. ¿Cómo era posible que Desnancer hablara en aquel sitio?

Otra voz grave y asonantada exclamó: «¡Que se repita! ¡Que se repita!» El que pronunció estas palabras era Nettel; no podía ser otro.

Repuestos algo de las inmensas emociones sufridas, se acercaron a ver si aquella masa tenía alguna abertura por donde entrara la llave de Caspe; pero entonces Norton se acordó de que todo lo había perdido, y no trató de buscar cerradura alguna. Lo que sí hizo fué dar un golpe con el puño sobre aquella masa informe, y al instante se abrió una especie de pterna salvaje, tras de la cual, con el asombro que es de suponer, contemplaron a Desnancer sentado al lado de una preciosa joven, y a Nettel dándole unas pastillas de malvavisco. Estaban en el estómago del dios cruel.

¿Qué ocurrió después?

El lector puede figurárselo: les tuvieron que prestar ropa y dinero, y después atención. Contaron todo lo que les había ocurrido; por cierto que Norton tuvo que ponerse unos pantalones de la italiana y el capitán Proto una falda escocesa.

Y luego, cuando las penumbras de la noche envolvían todo, de común acuerdo, tramaron un plan de evasión. La italiana les seguiría hasta el fin del mundo.

CAPÍTULO XXI

El capitán Proto cuenta sus aventuras.

Tres noches pasaron en las entrañas del dios. En este tiempo el capitán Proto, para entretener las veladas, contó a sus amigos una aventura extraordinaria.

—*El Ocaso*, famoso barco de ciento ocho toneladas — comenzó diciendo —, había naufragado, y yo, presa de mortal estupor y preso a una tabla, me sentí lanzado al rudo torbellino de las olas.

»En el momento de caer al mar quise ver dónde estaba; pero no fué tan pronto satisfecha mi curiosidad, pues aun tardaron seis horas en asomar los primeros albos.

»Cuando la luz apareció indecisa (pues yo creí que iba a volverse atrás), traté de convencerme de la seguridad de mi punto de apoyo, y aunque éste no era malo, me hubiera parecido mejor punto el barrio de las Injurias, con impropiedades y todo. La claridad solar me indicó galantemente lo difícil de mi situación; sentí deseos de volverme atrás, pero como no sabía el camino, decidí seguir adelante.

»Esto también era difícil, pues, no teniendo timón ni velas, era imposible seguir una ruta determinada; así que me dejé ir a merced de las olas, y para pasar el tiempo, me puse a pesar mis penas; en aquel momento una ráfaga de viento me torció la balanza, y mis penas cayeron al mar.

»Ya libre de esta molestia, me puse a cavilar el medio de dirigirme hacia algún sitio; mas faltándome otra vez los medios de locomoción, me puse a revolver mis mojadas ropas para ver lo que había salvado del naufragio; entre los objetos libres del desastre me encontré con una novela de Trigo, un *Diccionario* español, unas gafas, un botón de calzoncillo y un talonario de cheques del Banco de Vizcaya.

»Todo lo coloqué ante mí vista, y no hallando en aquel momento otra cosa que una humedad poco higiénica, traté de ir hacia alguna parte; desde luego lo principal era una vela, con la cual dominar el viento de día y leer por las noches.

»Y ¿cómo conseguir esto?, pensaba yo. Pero el cielo me inspiró, y di un grito de alegría: en el *Diccionario*, en la descripción de dicha palabra, había una que estaba a mi alcance; decía así:

«*Vela*: s. f. (esto debe de querer decir «sin familia»). Se llama así cierta mucosidad que se desprende de la nariz.»

»Y dejando el *Diccionario*, hice un esfuerzo sobrehumano tratando de fabricar una vela; pero mi desgracia fué grande: yo no tenía ni indicios de semejante mucosidad.

»De pronto, una ráfaga de viento me hizo temblar, dándome ligeramente en las espaldas un cariñoso golpecito. Yo quise volverme, tanto para ver lo que me tocaba como para ver si la dirección del viento podía empujarme hacia cualquiera de los cinco puntos cardinales.

(Se continuará.)

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL PEQUEÑO MÁRTIR, por Charles Quinel. ==

La primera escena de este drama se desarrolla delante de una peluquería del bulevar Clichy, entre el mismo peluquero, señor Tripe (edad incierta), y su hijo, Leopoldo Tripe (cinco años y medio).

EL SEÑOR TRIPE (que es la dulzura misma, saliendo de la tienda). — Leopoldo, ¿haces el favor de volver a casa? (Leopoldo sigue en medio de la calle sin hacerle caso.)

EL SEÑOR TRIPE (aparte). — ¡Qué criatura! (A Leopoldo.) Pero ¿no ves que te estás manchando de barro?

LEOPOLDO (metiéndose de pies en los charcos). — ¡No!

EL SEÑOR TRIPE (tranquilamente). — ¡Te voy a dar un par de azotes!...

LEOPOLDO. — ¡Que te crees tú eso!...

(La respuesta del señor Tripe es cortada por un cliente que viene a hacerse la barba. Leopoldo se resbala y cae, haciéndose en la mejilla una herida. Llantos, lamentos, empieza a acercarse gente... Unas cincuenta personas.)

UN SEÑOR (compadecido). — Es un pobre niño abandonado...

UNA ANCIANA SEÑORA. — ¡Pobre criatura! ¡Qué sucio está!

LEOPOLDO (llorando desconsoladamente). — ¡Me han pegado!...

OTRO SEÑOR. — ¡Qué monstruosidad!... (Fijándose en la herida de la mejilla.) ¡Aquí hay señal de los golpes!... ¡La equimosi!...

UNA MUJER (asombrada). — ¡La equimosi!...

LA ANCIANA SEÑORA (vivamente). — Hay que llamar a los guardias. Hay que telefonar al prefecto de Policía.

LA MUJER. — Sí..., sí...

LEOPOLDO (buscando su efecto). — ¡Me han herido!... ¡Ay!... ¡Ay!...

EL PRIMER SEÑOR. — ¡Se va a morir! (Trágicamente.) ¡Salvémosle; aun es tiempo!

EL OTRO SEÑOR (que hace de médico). — Alcohol alcanforado..., sales..., sinapismos...

(La anciana señora se desvanece. Quinientas personas más, llegadas de todas las direcciones, complican el asunto.)

LA MUJER. — ¡Miserables padres!...

OTRA MUJER. — ¡Pobre mártir!...

LEOPOLDO (divirtiéndose interiormente). — ¡Ay!... ¡Ay!...

UN GUARDIA. — ¿Ha dicho el nombre de su madre?

LA MUJER. — ¡Ha muerto, la miserable!

EL SEÑOR TRIPE (acabada su labor, sale de la peluquería gritando). — ¿Qué le pasa a mi chico? ¿Dónde está?

EL GUARDIA. — ¡Parece mentira que maltrate usted así a esa pobre criatura!

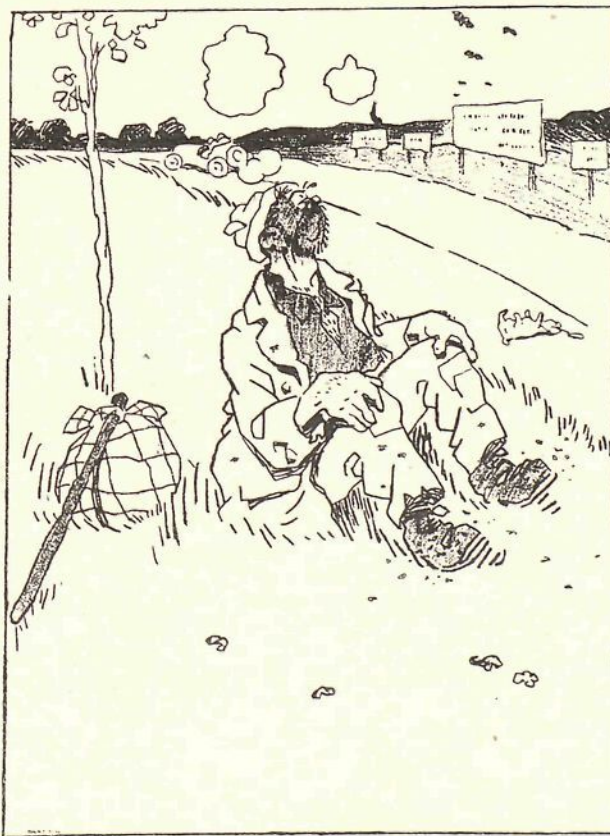
LA MUJER. — ¡A él!... ¡Al padre desnaturalizado!...

(Tira la primera piedra. Más piedras. El señor Tripe se refugia en la peluquería, donde los proyectiles hacen un destrozo de cristales y de frascos de loción de Portugal y de ronquina.)

EL SEÑOR TRIPE (asomando la cabeza). — ¡Déjenme!... ¡Yo no he hecho nada!

VOCES. — ¡Miserable!... ¡Asesino!...

(Leopoldo busca una pieza de diez céntimos que ha oído caer.)



APERTURA DE CAZA

— ¡Son famosos estos automovilistas!... Levantan las perdices, y es un perro lo que matan.

(De Le Rire, Paris.)

EL PRIMER SEÑOR AL SEGUNDO (mientras llevan al señor Tripe a la Comisaría). — Si el pueblo hiciera siempre la justicia por sí mismo, habría menos crímenes.

EL SEGUNDO SEÑOR. — Lleva usted razón: y menos padres criminales...

"SE HA PERDIDO...", por Oscar Méténier. ==

En la Prefectura de Policía, en la Sección de objetos extraviados.

UN SEÑOR (acercándose a la ventanilla). — Perdón, señor empleado.

EL EMPLEADO. — Vaya usted a la ventanilla número once. Aquí está cerrado.

EL SEÑOR (en la ventanilla número once). — Perdón, señor empleado... Yo he perdido anteayer..., mejor dicho..., he dejado mi paraguas en un coche de punto... Vengo a buscarlo... Sí...

EL EMPLEADO (levantando la cabeza). — ¿Qué quiere usted?...

EL SEÑOR. — Pues verá usted... Es un paraguas... En un coche...

EL EMPLEADO. — ¡Ah!... ¿En un coche?... ¿En qué distrito?

EL SEÑOR. — ¡Hombre!... ¿Quién sabe ahora? Me pasé el día tomando coches de punto y de un lado a otro...

EL EMPLEADO. — Bueno...; en fin, ¿es un paraguas?...

EL SEÑOR. — Sí.

EL EMPLEADO. — ¿No podría usted decir...?

EL SEÑOR. — Un paraguas perdido en un coche de punto... Anteayer... Puede usted encontrarlo...

EL EMPLEADO (mirando el registro). — Veamos... Anteayer..., anteayer se han encontrado cinco paraguas en coches de punto.

EL SEÑOR (radiante). — Hay un medio sencillo... Es un paraguas de seda con puño de oro... que representa la cabeza de Francisco Coppée...

EL EMPLEADO. — ¡Ah!... Sí... Aquí hay uno que responde a esas señas...

EL SEÑOR (cada vez más alegre). — Démelo usted...; es el mío...

EL EMPLEADO (sarcásticamente). — ¿Está usted seguro de que es el suyo?...

EL SEÑOR (*extrañado*). — ¿Seguro?...
EL EMPLEADO. — ¡Naturalmente! ¡Ah!...
Usted ha visto el paraguas..., es el más bonito que hay..., y dice que es el suyo...
¡Es muy corriente eso!

EL SEÑOR (*estupefacto*). — ¿Qué?...
¿Qué dice usted?

EL EMPLEADO. — Comprenderá usted que es muy raro que haya reconocido como suyo el mejor paraguas que tenemos... ¿Tiene documentos?...

EL SEÑOR. — Aquí tengo la cédula personal...

EL EMPLEADO. — No es bastante... Necesita usted un certificado de honradez y buenas costumbres del comisario de Policía, el contrato de arrendamiento, el recibo del inquilinato y la partida de nacimiento...

EL SEÑOR. — Pero ¿no basta la cédula personal?...

EL EMPLEADO. — ¿No tiene usted la factura del paraguas?

EL SEÑOR. — No... Lo compré hace dos años en Río Janeiro...

EL EMPLEADO. — ¡Ah!...

EL SEÑOR. — ¡Caray!... ¡Me está usted cargando ya!... ¡Venga mi paraguas!

EL EMPLEADO (*gritando*). — ¡Muy bien, hombre!... Llegue usted aquí..., reconoce como suyo el mejor paraguas..., no sabe decir dónde lo ha perdido..., no tiene la factura..., no tiene documentos, y quiere que le dé el paraguas...

EL SEÑOR. — Pero...

EL EMPLEADO. — ¡No insista usted!... ¡Retíresel! Cuando lo tenga todo en regla, se le dará el paraguas! ¡Pues vaya!...

A. R. H.

***** CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Bajo-Calle. Segovia. — Recibí telegrama. ¿Buscan Polo Norte, o Ernesto Polo? Feliz año nuevo.

J. B., antes Tepateo (¡Y después!). — No nos gusta. Como advertimos en todos los números que no devolvemos los originales, tenemos a su disposición el sello de cinco que nos ha remitido con este objeto.

R. Mas. — Su cuento es confusísimo y tontísimo. Es como para no pedirle ningún cuento, *Mas*.

CUPÓN

correspondiente al número 37
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa que se nos envíe, debe dirigirse en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Fernando Guadalajara. — ¡Sí, hombre, sí! Hemos visto que ese Regúlez que hace los dibujos de *La Verdad Escuerta*, no hace otra cosa que calcar las cosas de Ribas. El del número pasado es una exacta reproducción de la portada de *El rayo* en *La Novela Cómica*. No sabemos si hay manera de evitarlo.

Culderón de la Barquilla. — Sus *Poesías aleluyescas* son muy interesantes.

Ahí va algo:

«El mar azulado
por un solo lado;
por otros verdoso
y bastante hermoso;
y allá lejos..., lejos,
hay cien mil reflejos
de espuma de plata
que parece lata.»

No lo parece, sino que lo es.

¡Y así sigue un rato!... Como siga usted por ese camino, amigo *Barquilla*, le veo en globo.

Fervá. Colmenar Viejo. — Trabaje usted un poco más. Por ahora, no nos convencer sus dibujos. Las *Tontunas* tampoco nos han convencido.

E. E. Barcelona. — Se ve que hay estilo, se ve que hay cultura; pero la gracia no se ve por ninguna parte. ¡A ver si con otra cosita!...

Remigio. Bilbao. — Muy bien. Se publicará con la firma de usted.

F. C. G. — Los cuatro dibujos están bien. Los cuatro chistes están mal. Si espera

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará la sección de Correspondencia para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

usted ver reproducidos sus dibujos, es condición indispensable que los haga con tinta china.

J. V. Madrid. — Vale muy poco el cuento. Las ilustraciones, ¡no digamos!

F. A. Madrid. — Está bien; pero es muy antiguo.

Milonguito. — El asunto de su dibujo lo hemos registrado con el número 842 de los que tenemos en cartera tratando de lo mismo. Cuando publiquemos los 841 que han llegado antes que el de usted, publicaremos el suyo.

G. E. Valencia. — Todos los dibujos de usted son muy buenos; en cambio, los chis-

tes son bastante flojos. Le publicaremos los dos mejores.

M. Valencia. — Aceptado uno. El asunto del otro lo hemos publicado nosotros hace muy pocos números, y casi con las mismas palabras.

J. M. M. Huelva. — Muchas gracias. Habrá visto usted que ya tenemos correspondencia en esa.

El Bandido Portugués (¡Y tanto!). *Madrid.* — El asunto de su cuento no es otro que el del ya anciano *timo del violín*. El quererlo pasar como nuevo es otro timo: *el del portugués*.

Karcamal. Madrid. — ¡Esa no cuela!

Rak. Albacete. — ¡Valiente tontería!... Estudie usted Gramática y no se meta en estos trotes. Cualquier cosa antes de escribir *atriz, muger, halla* y otras lindezas por el estilo.

A. Die. Briviesca. — La primera condición es la de dibujar mejor; y la segunda, la de hacerlo con tinta china.

El Negro Bombi. Nubia. — ¡Que le frian a usted un turbante!

Otam. Logroño. — Para conseguir lo que usted quiere, basta con indicarlo en los dibujos de línea con un rayado de lápiz azul o una aguada del mismo color. El fotograbador se encarga de lo demás. Muchas gracias por su felicitación.

Desheredado. — Sí, señor; tiene usted condiciones. Lo que se nota en sus trabajos es falta de práctica. Además, los chistes hay que procurar que tengan gracia.

M. I. Valencia. — Idem id. de id.

12.012, capicúa (?). — ¿De dónde ha sacado usted que ese número es capicúa? Y ¿desde cuándo los bradipódidos son coleópteros? No sabe usted ni una palabra de estas cosas. *Menos mal* que en literatura está usted peor todavía.

R. M. Barcelona. — Aceptado uno. Procure usted no mandar doblados los dibujos a mancha, pues siempre se conoce en la reproducción la huella del doblez.

M. R. N. Barcelona. — Sus cuentos valen poquito. Sobre todo el de la playa, que es absolutamente tonto.

L. L. G. Madrid. — No podemos menos de alentarle a seguir escribiendo y excitarle a que nos envíe más cosas. Alguna vez acertará usted. ¡Adelante!

Casildea de Vandaliu. Madrid. — No nos ha gustado *rien, madame*. ¿Esta esto clare?

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

CUPÓN NÚM. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de agosto.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS, SOLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

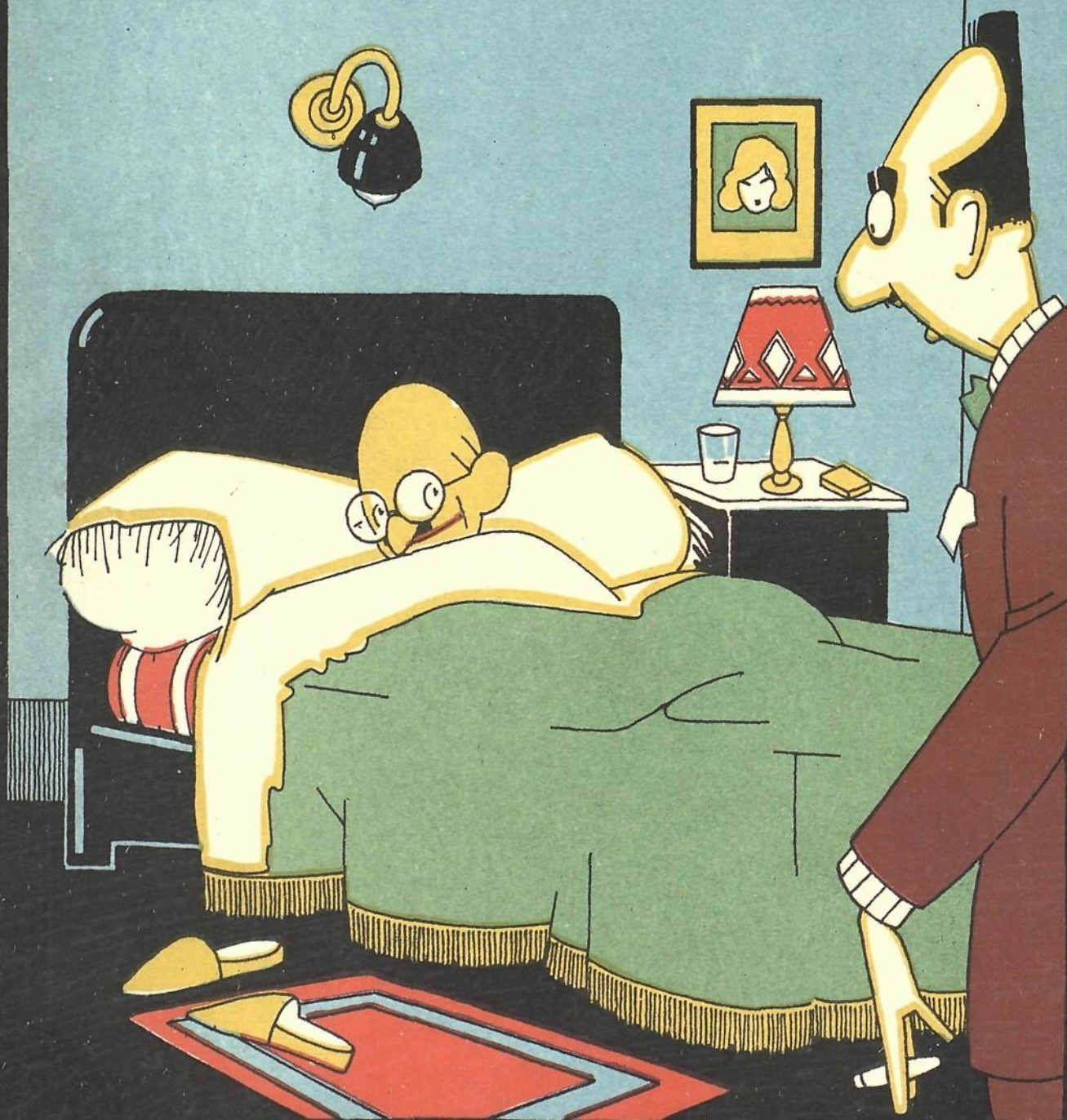
TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño obscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR

Alberto
Mateos



Dib. MATEOS. — Valencia.

— ¿Pero duermes con gafas?
— ¡Claro! ¿Cómo voy a ver sino lo que sueño?